

MUSICA

PALACIO DE LA MUSICA. — Representación de «El giravolt de maig», de Toldrá

«El giravolt de maig» señala una fecha destacada en la brillante historia del Palacio de la Música, y es muy lógico que a la ópera cómica en dos actos del poeta José Carner y el maestro Eduardo Toldrá se hayan recurrido para incluirla entre los valiosos actos con que el «Orfeó Català» viene conmemorando el cincuentenario de su espléndida sala de conciertos.

Treinta años han pasado desde el estreno de «El giravolt de maig» en el mismo Palacio de la Música; pero tal lapso de tiempo no ha restado emoción artística ni interés a la obra, que se conserva lozana y jugosa, como lo ha demostrado con sus posteriores reapariciones en el Liceo y algún otro teatro de Barcelona y esta de que ahora nos ocupamos. José Carner supo llevar a la escena significativas figuras y costumbres catalanas, dotándolas de un lirismo altamente sugestivo, y el maestro Toldrá, por su parte, acertó a traducir en la partitura, a través de una música, juvenil, pero insinuante, inspirada y bien trabajada, toda la ideología poética del libro.

En la representación actual, el numerosísimo público apreció de nuevo los sobresalientes valores de «El giravolt de maig», y aplaudió sin reservas a los intérpretes, todos de una capacidad y unos méritos bien acreditados: la soprano María Rosa Barbany, la contralto Ana Ricci, los tenores Cayetano Renom y Bartolomé Bardagi y los barítonos Manuel Ausensi y Juan José Escoto. Por lo que se refiere al maestro Toldrá, que dirigió la orquesta, es superfluo decir el cariño y eficacia que puso en su labor y cuán cálidas fueron las demostraciones admirativas de que se le hizo objeto.

Hubo también efusivos elogios para la dirección escénica, a cargo de Pablo Garsaball, y para los decorados de Xavier Nogué, realizados por el escenógrafo F. Pou Vila.

Antes de «El giravolt de maig», en un acto de concierto, la contralto Ana Ricci, la soprano María Rosa Barbany, el barítono Manuel Ausensi y el tenor Cayetano Renom, interpretaron, acompañados por la orquesta y entre continuas palmas aprobatorias, bellas canciones de Toldrá y de los que fueron inolvidables directores del «Orfeó Català» maestros Francisco Pujol y Luis Millet. — U. F. Z.

"La Vanguardia"
7 deshe 1958

Gaspar Cassadó y el cincuentenario del Palacio de la Música

El gran violoncelista Gaspar Cassadó, haciendo un alto en sus habituales actividades artísticas, ha llegado a Barcelona para tomar parte en la sesión conmemorativa del cincuentenario del Palacio de

la Música, que tendrá efecto en esta sala de conciertos el próximo domingo, por la tarde. En esta sesión, en la cual se dará la segunda y última representación de la ópera cómica «El giravolt de maig», Gaspar Cassadó interpretará el «Concierto para violoncelo y orquesta», de Enrique Morer, composición que él mismo estrenó en el año 1917.

Este gesto de Gaspar Cassadó, de querer asociarse de manera tan desinteresada, a los actos conmemorativos del «Palau» ha sido altamente apreciado y agradecido, no sólo por el «Orfeó Català», entidad propulsora de los mencionados actos, sino también por toda la afición musical barcelonesa.

"La Vanguardia"
10 deshe 1958

MUSICA

En el Cincuentenario del "Palau de la Música Catalana"
"El Giravolt de Maig"

A los treinta años de su estreno, intactas su belleza y su frescor, inmarchitables su fragancia y su alegría juvenil, «El giravolt de Maig» es un delicioso divertimento que nos asombra y convence por su permanente actualidad, que nos emociona y encanta por el fino humorismo y la penetrante poesía de un texto ágil, elegante y sabroso de José Carner, que la música inspirada, fluida y sentida de Eduardo Toldrá sublimiza y prolonga en un todo tan magníficamente hermoso como esa embrujada noche de mayo que de forma tan magistral acertaron a describir dos artistas de sensibilidad y gusto tan extraordinarios. «El giravolt de Maig» es hoy, en momentos de inquietud, de incertidumbre, de nerviosismo y de dudas, un precioso sedante que nos purifica y nos conduce a una amable región de placidez. José Carner y Eduardo Toldrá consiguieron una ópera exquisita, lógica de pretensiones en el estilo camerístico, pensada y sentida con una elevación lírica y una fantasía emocionantes. En el libro, es admirable la firmeza con que están trazados los personajes, la gracia ingenua de sus reacciones, el maravilloso encanto de una historia simpática — a pesar de ese «bandit tremendamente convencional, amb barba negra, cara de ferocitat exagerada i mitja dotzena de pistoles a la cintura» —, intrascendente, pero cautivadora. Tan maravillosamente bella como la música que la ambienta y subraya. Siempre noble, elevada, sencilla, con la sencillez penetrante de las auténticas obras de arte, construida con inteligencia y sabiduría, con el corazón y con la sinceridad del músico que se sabe en posesión de una personalidad firme y definida, capaz de resistir las tentaciones de otras estéticas dominantes en el panorama musical del momento en que la partitura del «Giravolt» fue creada. Eduardo Toldrá, artista nato, todo humanidad y ternura, escribió una música variada, imcibió una música variada, imcante y de una sinceridad que, en el peor de los casos, sería su mayor gloria.

La presencia del autor de la partitura en el primer atril, aseguraba la autenticidad de la versión. Toldrá transmitió a la representación el nervio, el calor y la vitalidad que la obra requiere, estableciendo adecuadamente el exigido equilibrio entre la orquesta — estupenda de afinación, de empaste y de sonoridad — y la escena.

Para los intérpretes, el comentario es fácil y agradable: Magníficos. Todos. Porque la unidad conseguida y la perfecta sincronización de todos los elementos fue total. María Rosa Barbany — una «Rosaura» encantadora y con empaque —, Ana Ricci — desenvuelta y graciosa «Jovita» de buena voz —, Cayetano Renom — espléndido en la encarnación de «Golférico» y con la claridad y gusto que caracterizan su dicción —, Manuel Ausensi — sensacional por calidad de voz y por el refinamiento de su excelente histrionismo en «Perot de l'Armentera» —, Bartolomé Bardagi — muy bien en su interpretación de la «cancó al mes de Maig» y en la animación de «Marcó» — y Juan José Escoto — muy correcto en el papel de «Corbetó» — fueron destinatarios de prolongadas y entusiastas ovaciones que compartieron con el maestro Toldrá y con el eficiente director de escena Pablo Garsaball.

Preciosos los decorados de F. Pou Vila y el vestuario de Casa Viñals, ambos inspirados en los figurines y bocetos de Xavier Nogué.

En la primera parte tuvo efecto un selecto recital de canciones catalanas de los maestros Millet, Pujol y Toldrá, obteniendo un envidiable éxito como intérpretes de las mismas. Ana Ricci, María Rosa Barbany, Manuel Ausensi y Cayetano Renom, así como el pianista Jorge Giró,

JUAN ARNAU

"El Mundo Deportivo"
7 deshe 1958

PALACIO DE LA MUSICA

Representación de «El Giravolt de Maig»,
de José Carner y Eduardo Toldrá

Comprendida en la serie de actos organizados por el «Orfeo Català» en conmemoración del cincuentenario del «Palau de la Música Catalana», tuvo efecto anoche en nuestra primera sala de conciertos una extraordinaria representación de la ópera cómica de cámara «El Giravolt de Maig», argumento del poeta José Carner, música del maestro Eduardo Toldrá.

Como ya es de conocimiento de nuestros filarmónicos, el argumento de la citada ópera cómica consiste en descubrir las jocosas reacciones anímicas que verifican determinados personajes —una bailarina, una mesonera, un seminarista, un bandolero y un mozo de mesón— a quienes la influencia primaveral ha sumergido en un estado de inconsciencia y, soñando en una noche de mayo, suponen ser lo que no son. Al aparecer la aurora, los aludidos personajes volverán a la realidad, dejando de ser protagonistas sus respectivos «subconscientes».

La inspiración le fué propicia al maestro Toldrá subrayando líricamente las divertidas incidencias del motivo literario que ideara Carner.

Un contenido de recitativos, arias, duetos, coplas, una serenata, y comentarios orquestales de brillantez sonora constituyen la partitura de esta ópera cómica.

Estrenada «El Giravolt de Maig» en el Palacio de la Música el 27 de octubre de 1928 bajo la heráldica de los patricios barceloneses, don Francisco Martí Marfá y don Manuel Clausells, su puesta en escena en esta singular oportunidad obtuvo la cordial acogida del numeroso concurso de filarmónicos.

Sus excelentes intérpretes, Rosa Barbany, Anna Ricci, Cayetano Renom, Manuel Ausensi, Bartolomé Bardagi, y Juan José Escoto pusieron a máxima contribución sus aptitudes artísticas, así como el conjunto instrumental, todos atentos a las oportunas indicaciones expresivas, señaladas por el maestro

Toldrá —conductor general de la representación— para el mejor entendimiento del jocosos proceso de la obra.

Prolongadas salvas de aplausos festejaron su exposición lírico-escénica, recogidos desde el hemicycle, por el maestro Toldrá y sus colaboradores.

Eficiente la dirección escénica, a cargo de Pablo Garsaball.

La velada conmemorativa fue iniciada con la interpretación de inspiradas canciones de los insigne maestros Luis Millet y Francisco Pujol —en homenaje de sentido recordatorio— y también originales del maestro Toldrá.

A. CATALA

*"Diario de
Barcelona"
6 de setiembre 1958*

En el Cincuentenario del Palacio de la Música

CANCIONES POPULARES Y BRILLANTE REPOSICION DE LA OPERA "EL GIRAVOLT DE MAIG", DE EDUARDO TOLDRA

Velada rebotante en lirismo y en sincero amor a nuestra música tradicional, enraizada en el alma popular la de anoche en el Palacio de la Música. Se registró otro lleno, como era de presumir, en este nuevo acto conmemorativo del cincuentenario de la inauguración del «Palau».

La primera parte constituyó un fervoroso homenaje a la memoria de los maestros Luis Millet y Francisco Pujol. De éste se interpretaron las canciones «Un clavel» y «Est meva», por la mezzo soprano Anna Ricci, y otras dos «No't sapiga greu» y «La ginesta», por la soprano María Rosa Barbany. Ambas estuvieron exquisitas, mostrando expresividad emotiva, como artistas de sensibilidad que son. Muy bien acompañadas al piano por el maestro Jorge Giró.

De Luis Millet se escogieron «Sospirs», «Flor de liri i rosa» y «La Balala», instrumentadas por

Rafael Ferrer y bajo la dirección del maestro Toldrá. Cayetano Renom cuidó de vertirlas en todo su romántico sabor, merced a sus bien logradas matizaciones vocales.

Eduardo Toldrá quiso unirse a este homenaje a los dos inolvidables maestros mediante sus bellas canciones «Festeig» y «Cançó de l'amor que passa», interpretadas con cálidos acentos por nuestro gran barítono del Liceo Manuel Ausensi.

Otro deleite espiritual se experimentó en la segunda parte, proponiéndolo la reposición de la ópera cómica en dos actos «El giravolt de

maig», letra de José Carner y música de Eduardo Toldrá, de cuyo estreno en el «Palau» (27 de octubre de 1928) se cumplen treinta años, rindiéndose con ello un homenaje a los autores e intérpretes de aquel entonces y a los propulsores Francisco Martí y Manuel Clausells. Re-

cordemos que esta obra se representó en el Liceo hace algunos años, repitiéndose el éxito inicial.

En esta ópera, de corte clasicista, brilla la inspiración espontánea de Toldrá, artista auténticamente sensitivo, que expresa lo que le dicta el corazón, y como éste es apasionado, de ahí el arrobador lirismo que brota cuando hace cantar a los intérpretes, teniendo siempre en cuenta las fuentes del folklore catalán. Por otra parte, los recitativos rememoran los de las óperas de Mozart, mientras en la orquestación muestra el autor claro dominio de la técnica y del colorido, con una gran agilidad en el juego com-

binado de la cuerda, madera y metal, que culmina en los efectos irónicos, recordando en este aspecto al procedimiento empleado por Ricardo Strauss en «El Caballero de la Rosa». Pero sobre todo impera la sinceridad expresiva, sin artulugios que desvirtuarían el carácter de la acción.

Admirablemente encarnados los personajes que se mueven en el poético ambiente de una noche de mayo en que se desarrolla la obra, con sus ilusiones que contrastan con la realidad de cada cual, y que se desvanecen al amanecer... Pero no sin antes despedirse con una sonrisa en el transcurso de un «minuet». María Rosa Barbany en «Rosaura» la bailarina, con su misticismo; Ana Ricci en «Jovita», la ensoñadora hostelera; Golferic, el seminarista que quiere convertirse en caballero amante; Manuel Ausensi en «Perot de l'Armentera», el feroz bandolero de

camino real, con sus dolores reumáticos; Bartolomé Bardagi en «Marcó», mozo del hostel que siente deseos de hacerse soldado, y José Escoto en «Corbeto», ladrón de la «colla» de Perot. Todos ellos vivieron con emoción sus respectivos papeles, despertando el entusiasmo

del público, tanto en las escenas patéticas como en las de acusada comicidad. En todo momento pusieron de relieve sus excelentes medios vocales.

El maestro Toldrá puso todo su ardoroso fervor al dirigir su obra, cuidando de todos los detalles de acoplamiento entre la acción escénica y la orquesta, que sonó con los matices y efectos adecuados. Excelente la dirección escénica de Pablo Garsaball y acertadísimos los figurines y decorados de Xavier Nogués, realizados por Casa Viñals y el escenógrafo Pou Vila.

Eduardo Toldrá recogió triunfalmente el homenaje de admiración del público, compartiendo las vibrantes ovaciones con todos los intérpretes.

Manuel R. DE LLAUDER

*"El Noticiero
Universal"
6 de setiembre 1958*



El Giravolt de Maig

Opera cómica en 2 actos

J. CARNER, letra
E. TOLDRA, música
X. NOGUES, decorados
realizados por

POU VILA, escenógrafo

Viernes 5 diciembre 10'15 noche

PALACIO DE LA MUSICA

"Vanguardia"
30 noube
1958

Los intérpretes de «El giravolt de maig»

La interpretación de la deliciosa ópera cómica «El giravolt de maig», letra de José Carner, música del maestro Eduardo

Toldrá, cuya representación tendrá efecto el día 5 de diciembre, por la noche, dentro el ciclo de los actos conmemorativos organizados por el «Orfeo Català» para solemnizar el I aniversario de la inauguración del Palacio de la Música, ha sido confiada a un grupo de cantantes que aseguran la más fiel versión de una de las obras líricas más logradas del repertorio catalán.

Maria Rosa Barbany, soprano; Ana Ricci, contralto; Cayetano Renom, tenor; Manuel Ausensi, barítono; Bartolomé Bardagi, tenor, y Juan José Escoto, barítono, bajo la dirección escénica de Pablo Garsaball y musical del maestro Eduardo Toldrá, harán revivir aquellas jornadas gloriosas que rodearon el estreno de «El giravolt de maig», hace precisamente ahora 30 años.

"La Vanguardia"
27 noube 1958

CINCUNETENARIO DEL PALACIO DE LA MUSICA

Dentro de los actos conmemorativos del I aniversario del Palacio de la Música, el «Orfeo Català» ha organizado una representación extraordinaria de la más lograda obra lírica catalana, letra de José Carner y música del maestro Eduardo Toldrá, que tendrá efecto el día 5 de diciembre por la noche en el Palacio de la Música.

Los decorados y figurines serán una reproducción de los diseños de Xavier Nogué, que tanto éxito obtuvieron los días del estreno del «Giravolt de Maig».

"La Prensa"
25 Noube 1958

EL GIRAVOLT DE MAIG

letra de JOSE CARNER
música de E. TOLDRA
Decorados X. NOGUES

Mañana, 10.15 noche

**CINCUNETENARIO
PALACIO DE LA MUSICA**

"Diario de Barcelona"
4 deube 1958

Gaspar Cassadó y el cincuntenario del Palacio de la Música

El gran violoncelista Gaspar Cassadó ha querido sumarse a los actos conmemorativos del cincuntenario del Palacio de la Música y a tal fin se desplazará a nuestra ciudad expresamente para actuar el domingo próximo, con motivo de la segunda y última representación de la ópera cómica en dos actos «El Giravolt de maig», letra de José Carner y música del maestro Eduardo Toldrá.

Gaspar Cassadó interpretará el «Concierto para violoncelo y orquesta», que él mismo estrenó el año 1917, con la Orquesta Sinfónica de Barcelona, bajo la dirección del maestro Juan Lamotte de Grignon.

"La Vanguardia"
6 deube 1958



El Giravolt de Maig

Opera cómica en 2 actos, letra de JOSE CARNER, música de E. TOLDRA

Canciones con acompañamiento de orquesta de los Mtros. E. Toldrá, P. Pujol y L. Millet

Viernes 5 diciembre 10'15 noche

**Cincuntenario del
PALACIO DE LA MUSICA**

"Diario Barcelona"
2 deube 1958



El Giravolt de Maig

Opera cómica en 2 actos, letra de J. CARNER. Música de E. TOLDRA
Hoy, 10'15 noche

Localidades y entradas en taquilla de 11 a 13 y desde las 16 en adelante

**CINCUNETENARIO DEL
PALACIO DE LA MUSICA**

Se ha editado un programa con reproducción de los figurines de XAVIER NOGUES y con el argumento de EL GIRAVOLT DE MAIG, que al precio de 5 ptas. se podrá adquirir en el vestíbulo del PALACIO DE LA MUSICA a la entrada de la representación

"La Vanguardia"
5 deube

Las localidades para la extraordinaria representación de EL GIRAVOLT DE MAIG

letra de JOSE CARNER, música de EDUARDO TOLDRA, del día 5 diciembre, en el PALACIO DE LA MUSICA, empezarán a despacharse: Para los socios del ORFEO CATALA, miércoles, día 26, de 5 a 8 de la tarde. Socios, entidades musicales, artísticas y culturales, jueves, día 27. Para el público, el viernes, día 28.

MUSICA

«El giravolt de maig»

La reposición, que tendrá efecto mañana, viernes, por la noche, en el Palacio de la Música, de la ópera cómica «El giravolt de maig», letra de José Carner, música del maestro Toldrá, promete constituir un auténtico acontecimiento, pues, aparte el reconocido valor literario y musical de esta obra, todos los elementos que intervienen en la representación de la misma han sido sometidos a una minuciosa preparación, tanto por parte de su autor y director musical, maestro Eduardo Toldrá, como por parte del director de escena, Pablo Garsaball.

Por otro lado, han sido reproducidos fielmente, por el escenógrafo F. Pou Vila, los decorados que ideó para el estreno de «El giravolt de maig» el dibujante X. Nogué.

"La Vanguardia"
4 de mayo 1958

El gran violoncelista

GASPAR CASSADO

quiere sumarse a los actos conmemorativos del PALAU, interpretando en la sesión de mañana tarde, de

EL GIRAVOLT DE MAIG

el CONCIERTO para violoncelo y ORQUESTA de E. MORERA.

MAÑANA, 6.15 tarde

PALACIO DE LA MÚSICA
II y ÚLTIMA REPRESENTACIÓN de la ÓPERA CÓMICA EN 2 ACTOS

EL GIRAVOLT DE MAIG

Letra de JOSÉ CARNER
Música de EDUARDO TOLDRÁ

"Diario de Barcelona"
13 de mayo 1958

ÚLTIMA REPRESENTACIÓN DE «EL GIRAVOLT DE MAIG»

Mañana, por la tarde, tendrá

efecto en el Palacio de la Música la segunda y última representación de la ópera cómica en dos actos, letra de José Carner, música de Eduardo Toldrá, «El Giravolt de Maig», a cargo de los mismos intérpretes.

En esta segunda representación actuará el gran violoncelista Gaspar Cassadó, que interpretará el «Concierto para violoncelo y orquesta», de Enrique Morera. La orquesta será dirigida por el maestro Eduardo Toldrá.

GASPAR CASSADO Y EL CINCUENTENARIO DEL PALACIO DE LA MÚSICA

El gran violoncelista Gaspar Cassadó, ha querido sumarse a los actos conmemorativos del cincuentenario del Palacio de la Música, y a tal fin se desplazará a nuestra ciudad para actuar el domingo próximo con motivo de la segunda y última representación de la ópera cómica en dos actos «El Giravolt de Maig», letra de José Carner, música del maestro Eduardo Toldrá.

Gaspar Cassadó interpretará el «Concierto para violoncelo y orquesta», de Enrique Morera, que estrenó el año 1917 con la Orquesta Sinfónica de Barcelona, bajo la dirección del maestro Juan Lamote de Grignon.

"Diario de Barcelona"
13 de mayo 1958

CINCUENTENARIO DEL PALACIO DE LA MÚSICA
Domingo, 14, a las 6'15 de la tarde

CONCIERTO para violoncelo y orquesta, de E. MORERA

por el gran violoncelista

GASPAR CASSADO

que ha querido sumarse desinteresadamente a los actos conmemorativos del «PALAU»

II y ÚLTIMA REPRESENTACIÓN de la ópera cómica en dos actos

EL GIRAVOLT DE MAIG

Dirección: Mtro. EDUARDO TOLDRÁ

"Vanguardia"
7 de mayo 1958

«El Giravolt de Maig», de Carner y Toldrá, en el Palacio de la Música

Formando parte del ciclo de representaciones extraordinarias, organizadas por el «Orfeo Catalán», para conmemorar el cincuentenario del Palacio de la Música, se repuso la ópera cómica en dos actos «El Giravolt de Maig», libro del eminente poeta catalán, José Carner, música del maestro Eduardo Toldrá.

La obra, basada en un tema de carácter psicológico, quiere traducir las sensaciones de personajes que viven en ambientes opuestos, experimentados en una enervante noche de primavera. Un bandolero, una mesonera, un seminarista, un mozo, una bailarina, se imaginan ser otros de lo que realmente son, hasta que despiertan a la realidad al surgir la aurora de un radiante día de mayo.

Toldrá supo jugar bien con el bien rimado verso de Carner, y se suceden las arias y tonadillas, estupendamente subrayadas por una excelente e inteligente orquestación, apropiada para subrayar y hacer resaltar el proceso anímico de los personajes.

Los intérpretes que intervinieron en esta reposición — hace 30 años que la obra fué estrenada en el propio Palacio de la Música —, realizaron una excelente labor. María Rosa Barbany, excelente soprano, supo dar las inflexiones de voz precisas para dar vida a la personalidad de la bailarina; la contralto Ana Ricci encarnó el simpático papel de la hostelera y puso de relieve sus dotes escénicas, realizadas por una voz bien timbrada y segura. Cayetano Renóm, tuvo su parte de tenor en el seminarista Golferic; el barítono Manuel Ausensi acreditó, una vez más, su depurada escuela de buen cantante en el papel de Perot de l'Armentera. Asimismo Bartolomé Bardagí y Juan José Escoto contribuyeron con su acertada actuación al buen éxito de la reposición.

La dirección de la orquesta estuvo a cargo del propio autor, el maestro Eduardo Toldrá, que condujo la obra inteligentemente y consiguió resaltar las bellezas expresivas de la partitura. La acertada dirección escénica estuvo a cargo de Pablo Garsaball.

La función se inició con un recital de canciones de Pujol, Toldrá y Millet a cargo de Anna Ricci, María Rosa Barbany, Manuel Ausensi y Cayetano Renóm.

El público, que llenaba por completo nuestra primera sala de conciertos, no regateó los aplausos a los intérpretes y directores, que tuvieron que saludar repetidamente desde el hemicycleo.

"La Prensa"
9 de mayo 1958

CINCUENTENARIO DEL PALACIO DE LA MÚSICA - Hoy, 6'15 tarde
con el CONCIERTO de violoncelo y orquesta
GASPAR CASSADO **ENRIQUE MORERA**

II y última representación de la
ópera cómica en dos actos, letra de **EL GIRAVOLT DE MAIG**
José CARNER, música de E. TOLDRA

"La Vanguardia"
14 de diciembre 1958

La conmemoración del cincuentenario del Palacio de la Música está teniendo derivaciones frecuentes y variadas. Así, a los actos recordatorios de la grata efeméride se sumó, con una actuación extraordinaria, la tarde de anteayer, un artista de excepción: el violoncelista barcelonés Gaspar Cassado, a quien tienen de aquí alejado las continuas y sobresalientes actividades en el extranjero. Secundado por un excelente conjunto instrumental dirigido con su igual pericia por el maestro Toldrá, Cassado fue maravilloso intérprete del romántico «Concierto para

violoncelo y orquesta», de Enrique Morera, obra que data de 1917 y que, incomprendiblemente, está poco menos que olvidada. Cassado, con su infalible y elocuente arco, con su arrobador e impresionante lirismo y con su honda musicalidad, puso en evidencia la injusticia de tal olvido. Y fue, como lo fue también a su lado el maestro Toldrá, objeto de largas y calurosas ovaciones y repetidas llamadas al hemicycle.

En la jornada dominical, el maestro Eduardo Toldrá caminó de éxito en éxito pues a los ya señalados, sumó el conseguido con la nueva representación de su ópera cómica en dos actos «El giravolt de maig», que sucedió a la actuación de Gaspar Cassado. La música de Toldrá, según es sabido, se ajusta al carácter y significados del libro de José Carner y se escucha con íntimo agrado. Mucho más si, como en la presente oportunidad, tiene por intérpretes, bajo la dirección del autor, a artistas tan merecedores de elogio como la soprano María Rosa Barbany, la contralto Ana Ricci, los tenores Cayetano Renom y Bartolomé Bardagi y los barítonos Manuel Auenst y Juan José Escoto, a quienes el público, que llenaba el Palacio de la Música, aplaudió muchísimo, lo mismo que a Toldrá, entusiasta conductor de la equilibrada orquesta. — U. F. ZANNI.

"La Vanguardia"
16 de diciembre 1958

De «EL GIRAVOLT DE MAIG»

La Prensa opina:

LA VANGUARDIA 7-12-58:

«El giravolt de maig» señala una fecha destacada en la brillante historia del Palacio de la Música».

DIARIO DE BARCELONA 6-12-58

«La inspiración le fué propicia al maestro Toldrá subrayando líricamente las divertidas incidencias del motivo literario que ideara José Carner».

NOTICIERO UNIVERSAL 6-12-58

«Velada rebotante en lirismo y en sincero amor a nuestra música tradicional enraizada en el alma popular».

MUNDO DEPORTIVO 7-12-58

«A los treinta años de su estreno intactas su belleza y su frescor, inmarcables su fragancia y su alegría juvenil».

"La Vanguardia"
13/XII/58

En el Palacio de la Música

GASPAR CASSADO, EN EL "CONCIERTO PARA VIOLENCELO", DE MORERA. CHRISTIAN F. RAS, EN LA "CULTURAL"

Aunque alejado habitualmente de nosotros, Gaspar Cassado no ha dejado de estar siempre atento a todo cuanto tiene palpación espiritual en nuestro ambiente filarmónico, por sentirlo como cosa propia. Por ello, ha querido sumarse a los actos conmemorativos del cincuentenario del Palacio de la Música. Y nunca la ocasión más propicia para rendir un merecido tributo a Enrique Morera, el gran compositor barcelonés, que tan fervorosamente contribuyó al renacimiento musical catalán y a la obra del «Orfeo» y de su «Palau». Y si bien es verdad que sus obras coral y sus sardanas han persistido en nuestros programas, lo cierto es que su música instrumental ha sido injustamente desterrada de los mismos, como su producción teatral, en la que figuran óperas como «Emporium» y «Don Juan de Serrallonga», tan admiradas antaño y esa deliciosa joya del arte lírico menor que es «La alegría que passa».

Digna de elogio esta reposición del «Concierto para violoncelo», cuya belleza melódica, llena de exaltado lirismo, como salida de un corazón romántico, cuidó de

resaltar Gaspar Cassado como artista profundamente sensitivo que es, logrando con su dominio técnico hacer «cantar» a su instrumento de modo apasionado, a través de los tres tiempos de que se compone la obra, en los que se suceden el vigor expresivo, la ternura emotiva y el nervio rítmico, combinado con el acierto en la orquestación.

Contando, además, con un director de sensibilidad y talento conductor como Eduardo Toldrá, y una orquesta eficiente y bien conjuntada, la olvidada obra de Morera resucitó con todos los honores del triunfo que le concedió el numeroso público que llenaba el Palacio de la Música. Gaspar Cassado y Toldrá tuvieron que salir numerosas veces a saludar.

En esta misma sesión se repitió la ópera cómica «El giravolt de maig», de Eduardo Toldrá, por los mismos intérpretes que la primera noche, motivando la renovación del entusiástico asenso del auditorio.

"El Noticiero Universal"
16 de diciembre 1958

SEGUNDA REPRESENTACION DE «EL GIRAVOLT DE MAIG». GASPAR CASSADO, VIOLONCELISTA

Com prendida en los actos organizados para festejar el cincuentenario de la inauguración del «Palau de la Música Catalana» tuvo efecto el anterior domingo por la tarde en el hemicycle de la primerísima sala de conciertos barcelonesa la segunda representación de la divertida ópera cómica «El giravolt de Maig», argumento de José Carner, música de Eduardo Toldrá. Esta segunda escenificación cautivó asimismo la atención de los asistentes, que hicieron patente su entusiasta beneplácito con sonoras salvas de aplausos, recogidas por el maestro Toldrá en unión de todos los intérpretes: María Rosa Barbany, Ana Ricci, Cayetano Renom, Manuel Ausensi, Bartolomé Bardagi, Juan José Escoto y el conjunto orquestal.

El extraordinario festival tuvo inicio con la audición del inspirado «Concierto para violoncelo y orquesta», de Enrique Morera, en cuya interpretación actuó de protagonista el eminente concertista Gaspar Cassado, quien hizo gala de su excepcional «virtuosismo» instrumental traduciendo la partitura solista del citado Concierto. Gaspar Cassado y sus colaboradores recibieron asimismo demostraciones admirativas del numeroso concurso.

Para la sesión de EL GIRAVOLT DE MAIG

de pasado mañana en el PALACIO DE LA MÚSICA, en la cual el gran violoncelista GASPAR CASSADO interpretará el CONCIERTO DE VIOLENCELO y ORQUESTA de E. MORERA, se ha editado un folleto, reproduciendo los figurines de XAVIER NOGUES y todo el argumento de EL GIRAVOLT DE MAIG. Puede adquirirse en la Admón. del PALACIO DE LA MÚSICA al precio de 5 pesetas.

"Diario de Barcelona"
12/dic 1958

"Diario de Barcelona" 16/XII/58

Última representación de «El giravolt
de maig»

Mañana, domingo, por la tarde, tendrá efecto en el Palacio de la Música la segunda y última representación de la ópera cómica en dos actos, letra de José Carner, música de Eduardo Toldrá, «El giravolt de maig».

La representación correrá a cargo de los

mismos intérpretes que tanto éxito alcanzaron en la sesión del pasado día 5.

El interés para esta segunda representación aumenta, si cabe, con la actuación del gran violoncelista Gaspar Cassado, que interpretará el interesante «Concierto para violoncelo y orquesta», de Enrique Mo-

"La Vanguardia"
13 de abril 1958

El gran violoncelista

GASPAR CASSADO

quiere sumarse a los actos conmemorativos del PALAU, interpretando en la sesión de mañana tarde, de

EL GIRAVOLT DE MAIG

el **CONCIERTO** de violoncelo y orquesta de E. MORERA

"La Vanguardia"
13 de abril 1958

Cincuentenario del «Palau de la Música Catalana»

REPOSICION DE LA OPERA "EL GIRAVOLT DE MAIG", DE TOLDRA

Audición del «Concierto para violoncelo y orquesta», de Morera, por Gaspar Cassadó

Con asistencia de numeroso público, ha tenido lugar en el Palacio de la Música el segundo y último de los actos conmemorativos del cincuentenario con que cuenta ya nuestra primera sala de conciertos.

Sumándose a tan importante efemérides para la historia de nuestro arte, el famoso violoncelista patio Gaspar Cassadó, interpretó la parte solista del «Concierto para violoncelo y orquesta», de Enrique Morera, en estrecha colaboración con la Orquesta Sinfónica de Barcelona, dirigida por el maestro Eduardo Toldrá.

Este «Concierto», de Morera, constituye, ciertamente, una prueba más de ese olvido secular en que, entre nosotros, caen todas las cosas después de su fugaz epifanía de unas horas, cuando, desde luego, de música se trata. No nos extrañe, pues, la novedad que para nosotros revistió este —podríamos decir con sobrada propiedad— hallazgo arqueológico, máxime si tenemos en cuenta que, aparte su ejecución en algunos exámenes del Conservatorio, y si la memoria no nos es infiel, no había vuelto a figurar en programa desde el año 1917, en que fué estrenado, precisamente por Gaspar Cassadó, con la Orquesta Sinfónica de Barcelona, bajo la dirección del maestro Lamote de Grignon.

Concebida su estructura dentro de la dogmática estética que dió vida a las grandes producciones de los románticos, como Brahms y Schumann, revela esta obra de Morera una preocupación intensa por incorporar la música de los compositores españoles al movimiento europeo, aunque con considerable retraso. El romanticismo que de ella trasciende, como fenómeno histórico en relación a la época en que fué escrita, no deja de pertenecer al pretérito.

Nuestro gran compositor, al es-

cribir su obra, tuvo muy presente la importancia que el instrumento solista ha de ocupar dentro de la forma propia del género. Un dinamismo auténtico, proyectado, sin recurrir por ello a vanos efectismos de técnica instrumental, característica el «Recitativo-allegro appassionato» con que comienza, página en la que el intérprete puede desarrollar con entera franqueza expresiva los impulsos de su sensibilidad. Pero quizá sea en el «Andante», segundo tiempo de su estructura ternaria, donde la inspiración de Morera consigue una mayor intimidad y lirismo, a través de una línea melódica de hon-do contenido romántico, aunque la orquesta, un tanto descuidada, no equilibra con suficiente profundidad. Y esto, característica fundamental en la factura sinfónica de la obra, hace que el «tutti» sonoro, más que elemento decisivo del «concierto», sea un simple acompañamiento armónico.

Sin embargo, dadas las cualidades propias de la obra, no podemos estimar del todo perfecta la actuación de Gaspar Cassadó. No nos referimos, claro está, a su técnica, de una altura extraordinaria e indiscutible, sino al timbre del violoncelo como instrumento. Escuchando a Cassadó, no estamos frente a un auténtico barítono de la familia integrada por la cuerda, sino ante un raro ejemplar harto modificado cuyo sonido se aleja, cada vez con mayor evidencia, del fundamentalmente propio en el violoncelo.

En su instrumento, tal vez llevado por un ansia respetable —pero que no estamos obligados a admitir, dados sus resultados—, ha introducido este gran artista una serie de cambios estructurales, que han anulado casi completamente su profundo acento humano. El recitado de Cassadó nos sue-

na hoy como ahogado en un medio frío, glacial, sin metafísica vibración y apasionado espíritu. Un algo metálico, ajeno a su naturaleza, oímos en ese instrumento, junto al cual Cassadó, más que un artista, nos parece un gigante avasallando a un enano con el poderoso ataque de su arco.

«El giravolt de maig», hemos de conceptuarlo también como una obra merecedora de mayor número de representaciones. En ella, ha volcado Toldrá no sólo sus grandes dotes de artista dominador de cuantos secretos encierra la técnica de la ópera, sino que, en enorme proporción, sorprende por su línea melódica de inspirado fondo, y en estrecho contacto psicológico con cuantas situaciones van desarrollándose en la escena. Un marco rural lleno de atrayente colorido, que podríamos situar hacia finales del siglo XVIII, nos ofrece la sugestiva comicidad de una acción movida por la singular aventura de un bandolero, un seminarista que abandona su estudio, la grácil figura de una danzarina mundana y la pícaro sencillez de una mesonera para quien el amor no guarda otro secreto que la incertidumbre del mañana.

En esta ópera bufa, sobre texto literario de José Carner, consigue Toldrá una síntesis perfecta de elementos folklóricos con un fino sentido de la aportación personal y, por ello, realiza con pleno realismo aquello que se propone expresar, empleando incluso, con una oportunidad extrema, la onomatopeya en determinados pasajes. Excelente obra, pues, «El giravolt de maig», de Toldrá, para la que hubiéramos deseado un escenario más apropiado y mejor. Y, por qué no decirlo, el del Liceo, que, sin la menor duda, es el que merece.

Fueron sus intérpretes Cayetano Renom, en «Golfieric» (seminarista), papel muy apropiado para su temperamento expresivo; «Perot de L'Armentera» (ladrón de caminos reales), magistralmente encarnado por el barítono Manuel Ausensi; la contralto Ana Ricci, en «Jorita» (mesonera), que protagonizó con sin par propiedad; María Rosa Barbany, en «Rosaura» (danzarina); Bartolomé Bardagí, en «Marcó» (sirviente del mesón), y Juan José Escoto, en «Corbetó» (ladrón de la cuadrilla de «Perot»). Como director de escena, discreta la tarea de Pablo Garsaball.

Prolongados aplausos subrayaron el final de esta representación, en la que la orquesta desempeñó un meritorio cometido, coadyuvando eficazmente a su completo éxito.

Ramón Bayod y Serrat

*"Solidaridad
Nacional"
18 de octubre 1958*

HOY, HACE 50 AÑOS, FUE INAUGURADO EL PALACIO DE LA MUSICA

Un bosque encantado, pobla-
do de hadas, edificado para el
«Orfeo Català»

El programa que reproducimos
del magno acto, reza así:

ORFEO CATALA

Festa de benedicció i estre-
na de la Sala d'Audicions:

Ordre de la Festa. — De
prés de la benedicció per l'em-
inentíssim cardinal Casañas,
bisbe de Barcelona, i dels par-
lamentes inaugurals, s'execu-
taran les següents obres:

- «El cant de la Senyera»,
de Millet
- «Els Xiquets de Valls»,
de Clavé
- «Rapsòdia sobre temes popu-
lars catalans», de Gignot
- «La Mare de Déu»,
de Nicolau
- «Pensaments», de Daniel
- i «Allèluia», de Haendel

9 Febrer 1908. A les 3 de
la tarda

(Amplio reportaje en la
página 7.º)

ORFEO CATALA

FESTA DE BENEDICCIÓ Y ESTRENA
DE LA
SALA D'AUDICIONS

ORDRE DE LA FESTA

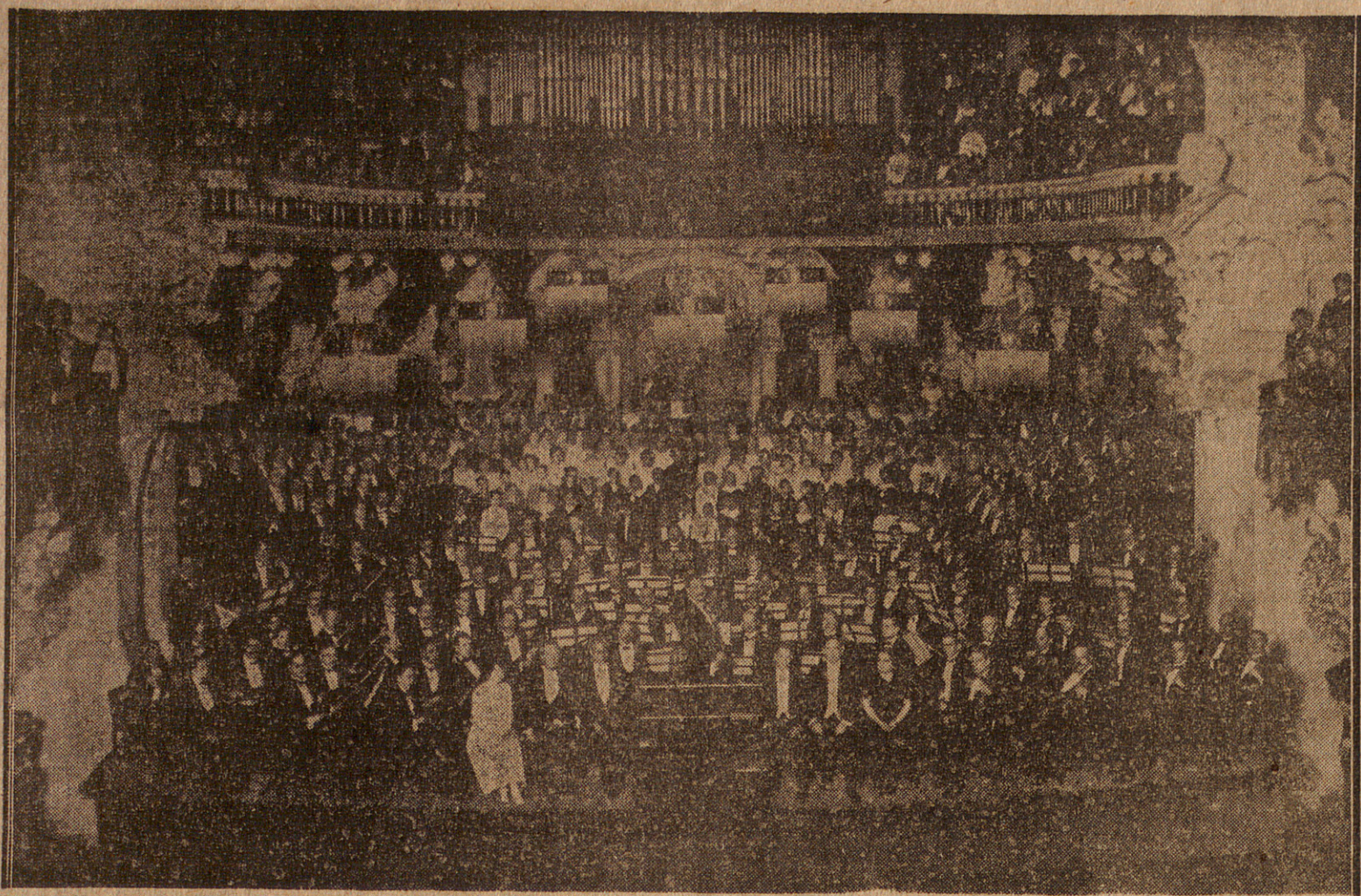
DESPRÉS DE LA BENEDICCIÓ PER L'EMINENTÍSSIM
CARDENAL CASANAS, BISBE DE BARCELONA,
Y DELS PARLAMENTOS INAUGURALS, S'EXECUTARAN LES SE-
GÜENTS OBRES:

- | | |
|--|---------|
| El Cant de la Senyera | MILLET |
| Els Xiquets de Valls | CLAVÉ |
| Rapsòdia sobre temes populars catalans | GIGNOT |
| La Mare de Déu | NICOLAU |
| Pensaments | DANIEL |
| Allèluia | HAENDL |
| El Segador | |

9 Febrer 1908 A les 3 de la tarda

Hoy, 9 de febrero hace cincuenta años

El sentimiento de la religiosidad musical, hizo concebir un palacio con aura de templo



Después de la primera audición por el "Orfeo Catalá" de "La Pasión, según San Mateo", de Juan Sebastián Bach, bajo la dirección del maestro Luis Millet, 1921.

Un bosque encantado poblado de hadas: el «Palau de la Música», edificado para el «Orfeo Catalá»

EL «ORFEO» CELEBRA SUS BODAS DE ORO CON EL «PALAU DE LA MÚSICA»

Si José Anselmo Clavé fundó las primeras agrupaciones que fueron la base del gran desarrollo que tuvo en Cataluña el canto coral, hay que advertir que la obra del músico-poeta Clavé, que hubiera podido ser fecundísima, artística, muerto su genial fundador en 1874, había declinado irremediablemente. Su creación personal ofrecía una transformación radical, a base de técnica del arte y de cultura artística en general, ideal que alimentaron las mentes soñadoras de Amadeo Vives y Luis Millet.

De cómo surgió la idea y vino la inspiración, nos lo dice el propio maestro Millet en uno de sus discursos: «Era el año de la Exposición, el 1888, cuando oí, con motivo de los certámenes que se celebraban, a algunos orfeones extranjeros. La manera de cantar de aquellas agrupaciones, fué para mí una revelación. Jamás había oído a ninguna masa coral que me hiciera sentir el gozo que es capaz de producir la voz humana tratada en conjunto; el único instrumento que está en contacto directo con el alma. Al escuchar a aquellas sociedades corales, cantando con un arte para mí nuevo, me quedó un recuerdo hondo que me hurgaba por dentro, como deseo de una cosa que había de venir a no tardar». Y no tardó. Dos años después, el día 15 de febrero de 1891, la inquietud del joven músico se hacía realidad al fundar, junto con el maestro Amadeo Vives, el «Orfeo Catalá».

modesto local de la plaza de San Justo, subarrendado a otra entidad. Se inició con veintiocho cantores varones y, al finalizar el primer año de su existencia, se constituyó en un conjunto de hombres, mujeres y niños, que ha llegado, en la actualidad, a un número lindante a los doscientos cincuenta.

• EL «ORFEO CATALA»

Rodearon a Millet y a Amadeo Vives valiosísimos colaboradores: Francisco Pujol, que compartió la fatigante labor de la preparación de las obras corales; Eméncia Wehrle, José María Comella, Juan Salvat... Desde un principio, se trazó un programa íntegro y preciso, con unas normas estrictas a las que todavía se las considera ley: «Aspirar a depurar el gusto del público, haciéndole oír las mejores obras de compositores nacionales y extranjeros. Aspirar a que sea por todos estimada, en todo el inmenso valor que atesora, la música popular. Aspirar a desterrar del templo del Se-

corrido todos los ruidos de Cataluña, sino que también ha rebasado sus límites dentro de la Península y por el extranjero, realizando numerosas excursiones acompañadas siempre por el éxito más clamoroso, porque enseña y simboliza su ideal. Ideal que comprende una cabal complacencia en el arte de la música, traspasando los límites, para realizar una misión social.

«EL PALAU DE LA MÚSICA CATALANA»

Al incremento que iba tomando la obra de los maestros Vives y Millet, se le imponía un local más amplio, un techo digno de la gigantesca institución. Y así fué. Por iniciativa de Joaquín Cabot, se encargó al arquitecto Luis Domènech y Montaner, que trazara los planos de una sala de conciertos para el «Orfeo Catalá», cuya edificación debía ostentar el fabuloso nombre de «Palau de la Música Catalana», a levantar en la calle Alta de San Pedro. Edificio que debía construirse a base de títulos amortizables, cuotas de socios y préstamos.

Se empezó a trabajar en la nueva empresa y en 1905, el día de la fiesta de la música catalana, se colocaba la primera piedra. Y tres años después, el 9 de febrero de 1908, el cardenal Casañas, entonces obispo de Barcelona, bendecía la «Sala d'audicions» e inauguraba el «Palau». Para celebrar tan magnífico acontecimiento, el Orfeo interpretó, por vez primera, el «Magnificat», de Bach.

Cirill Pellicer, en su «Historia del Arte modernista catalán», nos describe el «Palau» como el monumento más importante de la etapa floral del arte de Luis Domènech y Montaner.

Se trataba de crear una atmósfera, y Domènech dió importancia capital al brillo y a la transparencia. Creó un verdadero ilusionismo de lo maravilloso, deslumbrando con el centelleo de los mosaicos y engañando con las transparencias de los elementos vitreos. La atmósfera buscada era la de un bosque encantado, poblado de hadas.

Su estilo, evocador de un poético bosque de cuentos de hadas, con abundancia de elementos brillantes, coloreados y transparentes, que centellean en un ambiente irrealista, hizo exclamar a Cabot en su discurso inaugural, en el acto de la bendición del edificio: «Veniu, obriu els ulls, esteneu les mans, contempleu i toqueu lo que no fóreu capaços de somniar; i als fervorosos, als devots, als creients: regaleu-vos contemplant la realitat del vostre somni, admirant l'obra genial de l'eminent artista i gran patrici en Lluís Domènech».

Con el sentimiento de la religiosidad musical, fué concebido un palacio con aura de templo. Y en efecto, Luis Millet podía inaugurar lo diciendo:

«Alabat sia el Senyor, perquè ha mogut l'amor a tots vosaltres perquè poguessim bastir aquesta casa en honor de la música catalana, la nostra reina del cor, la nostra mare».

Millet vió en la policromia y el brillo de cerámica y cristal del edificio el deslumbramiento de los colores de la victoria, «un espejismo emb murs i arcades de vestimenta nival perenne, com presentant les sublimes harmonies que les han de fer vibrar, profetitzant i es-



Maestro Luis Maria Millet, actual director del Orfeo Catalán

perant el ric desenvolupament de la nostra música en els temps venidors».

Más allá de la arquitectura, para el maestro Millet era un «casal com a cosa sagrada al mig del cor de la gran ciutat futura».

LA NUEVA ETAPA DEL ORFEO

Diversas pérdidas muy sensibles han sufrido la entidad coral; pero la pérdida que dejó un vacío más difícil de llenar fué la ocurrida en 1941: la del eminente maestro, director y fundador del Orfeo, Luis Millet, verdadero creador de ésta obra que acertó a conducir a tan excelsas realidades. Sustituida la dirección del Orfeo por el maestro Francisco Pujol, su discípulo y fiel seguidor, la pérdida de éste notable maestro, compositor y musicólogo ilustre, a fines del año 1945, dejó de nuevo huérfano al Orfeo de dirección. Por fortuna, el joven maestro, Luis Maria Millet, continuador de la más pura tradición de su padre, llegó en el momento oportuno para recoger con amor toda la labor realizada, siguiendo las aspiraciones artísticas de nuestro tiempo. Nombrado director de la masa coral en 1946, encontró eficaces colaboradores en los maestros Tomás y Llonqueras.

El repertorio del «Orfeo Catalá», en esta nueva etapa de su actuación, es la demostración más elocuente de la manera de cómo la entidad ha sabido continuar su glorioso historial artístico.

El renacimiento del «Orfeo Catalá» es un hecho remarcable y elocuente en esta época tan atormentada y difícil.

La construcción del Palau costó a la Entidad novecientos mil pesetas, incluido el terreno. Y, ayer como hoy, los componentes de la masa coral hacen efectiva su cuota para poder actuar en ella y cooperar en el sostenimiento del Orfeo. Su biblioteca, abierta a todos los estudiosos del arte del sonido, cuenta con unos tres mil doscientos volúmenes, y un archivo musical en el que se encuentran catalogados mil setecientos nombres de autores con siete mil ciento veintinueve títulos de obras musicales. No cabe la menor duda que ha ganado en esplendor y gloria; pero serán muchos los que, al reponerse la «Pasión según San Mateo», de Juan Sebastián Bach, con motivo de la celebración del primer cincuentenario del «Palau», volverán con nostalgia los ojos y buscarán ávidos, con la imaginación, a aquellos que se fueron, y cuyos sitios ocupan otros, herederos de su ilusión y de su esfuerzo.

Matilde P. MARQUEZ



Maestro Luis Millet (1867-1941) Fundador y director del Orfeo Catalán (1891-1941)

ñor la música sensual y prostituida, que lo tenía invadido, sustituyéndola por la verdaderamente religiosa». De la severidad con que se han venido cumpliendo estos principios, dan testimonio sincero cuantos han escuchado y escuchan los cantos de la gloriosa institución.

El repertorio musical que ha interpretado el «Orfeo Catalá», en su ya larga carrera, integrada por novecientos treinta conciertos, ofrece una extensa variedad que maravilla. El caudal de canciones catalanas armonizadas, es de gran riqueza. Y en su especialidad, puede decirse que ha provocado la creación de un género diseminado por las comarcas catalanas; además, el «Orfeo», ha cultivado la música vocal de todas las escuelas, épocas y autores, llegando hasta el preciosismo de un Debussy y de un Ravel, y ha adometido o denudado los poemas corales de Strauss.

En cuanto al aura polifónica religiosa, alcanza su punto culminante en el Credo de la Misa del Papa Marcelo.

La audición de las obras de los genios de la música, con orquesta y solistas, constituyen otro de los éxitos del glorioso «Orfeo».

El «Orfeo Catalá», no sólo ha re-

EL CAFE DE PELAYO

En el memorable Café de Pelayo, donde en el 1800 tantos elementos de la intelectualidad barcelonesa tuvieron su asiento y su tertulia, se celebraron, por aquel entonces, unos conciertos a cuatro manos, en los que tomaba parte como pianista, un jovenzuelo, casi un niño, vivo y enérgico, de mirada inteligente: era Luis Millet. Al mismo estrado de los concertistas, solía acudir otro joven, al que la Naturaleza no había permitido que sus brazos y piernas pudiesen moverse con desenvoltura, lo que le proporcionaba una mal disimulada displicencia, que enmarcaba muy bien con su aire profundamente bohemio: era Amadeo Vives.

Junto con los dos músicos, al lado mismo del estrado, en una mesa del café, compartían a diario media docena de jóvenes aficionados a la música, que pronto trabaron amistad con Millet y Vives. Y allá, de aquella tertulia, entre aromáticas tazas de café, surgió un hecho: la fundación del «Orfeo Catalá», cuya sede inicial se estableció en un

Blanco y Negro
29-11-1958

MUSICA



CRONICA DE BARCELONA

LOS CINCUENTA AÑOS DEL PALACIO DE LA MUSICA

Por Xavier MONTSALVATGE

BARCELONA está festejando el cincuentenario del Palacio de la Música, verdadera institución ciudadana, una de las más íntimamente vinculadas al desenvolvimiento cul-

tural de Cataluña en el transcurso de este medio siglo.

La iniciativa de construir una gran sala de conciertos pertenece a los hombres idealistas y prácticos a la

vez—esquema de la idiosincrasia catalana—que alentaron el desenvolvimiento del "Orfeó Catalá", entidad coral formada en 1892, capitaneada desde los primeros años por Luis

Millet, Antonio Nicolau y Amadeo Vives.

"El 'Orfeo', en sus quince primeros años de existencia, no había llegado a ser aún la masa coral numerosa, disciplinada y perfecta en el dominio del más variado repertorio que existe para conjunto de voces, pero sus logros habían sobrepasado el ámbito local. Figuras tan importantes como Richard Strauss, Vicent d'Indy, Charles Bordes, Saint-Saëns, Gabriel Fauré, Edouard Colonne, Albert Schweitzer la conocían de cerca y algunos habían dirigido a los cantores de Barcelona, que, asistidos por el fervor popular y el estímulo otorgado por todos los músicos del país, decidieron llevar a cabo una de sus más caras ilusiones: tener casa propia, levantar un verdadero "palacio de la armonía", dando al término su más amplio sentido, haciendo tangibles las palabras del poeta Juan Maragall: "... porque allí cada día será fiesta, cada día entrará la alegría del mundo para hacérsenos nuestra. Y este sentido de fiesta que resonará siempre en unas mismas paredes irá ennobeciéndolas, las empapará de cantos, las hará armoniosas; y yo creo que llegará un día que todos los cantos que vuelan por los aires irán todos hacia dentro la casa, como los pájaros van al reclamo. Y entonces la riqueza será nuestra..."

El milagro se produjo. Joaquín Cabot, presidente entonces del Orfeo, con el idealismo y sentido práctico que aludíamos antes, con tanto tesón como audacia, galvanizó entusiasmos dispersos y llevó adelante el proyecto. Pocos meses después de iniciadas las obras en un solar de la Barcelona antigua, ocupado antes por un convento del siglo XVII, destruido durante la quema de conventos de 1835, se levantaba la mole pollicroma de "Palau de la Música Catalana".

La construcción fué encargada al arquitecto Luis Domènech y Montaner, figura protagonista del movimiento modernista. Domènech había sido uno de los que dió fisonomía original a varios edificios de la Exposición Universal de 1888. Además de arquitecto, entonces era ya político de prestigio, diputado en Cortes, presidente del Ateneo Barcelonés y ferviente wagneriano. Su obra máxima encierra

una capacidad de fantasía que aun ahora nos maravilla. Proyectado según las orientaciones del más exaltado modernismo, el Palacio de la Música es una verdadera apoteosis floreal, una barroca acumulación de símbolos bajo los cuales dos generaciones de aficionados a la música han vivido varias pequeñas revoluciones artísticas en las que la arquitectura del edificio, de un sabor de época tan acusado, ha sido duramente atacada.

En plena revalorización del modernismo, la primera sala de conciertos barcelonesa es ahora citada como muestra pura de un arte profundamente humanizado y de los gustos de una época que, paradójicamente sentimos más próxima a medida que nos alejamos de ella. Actualmente la obra de Domènech y Montaner está señalada en los folletos turísticos al lado de las de Gaudí y no es solamente por una bluebración intelectual que volvemos a respetarla e incluso amarla, sino que nos encontramos sinceramente familiarizados con ella. Las ninfas prerrafaelistas que circundan el hemicleio de los músicos, los hipócritas de piedra que flanquean el techo, las guirnalda vegetales de mosaico y de tornasolados cristales han sido testigos de tantas jornadas de inolvidable trascendencia artística que no sabríamos prescindir de su existencia, de su presencia espectral a la hora de escuchar buena música.

El 15 de febrero de 1908 fué solemnemente inaugurado el "Palau de la Música Catalana". En octubre del mismo año asistieron a un concierto del "Orfeo Catalá" S. M. Alfonso XIII y su augusta esposa, que aplaudieron cariñosamente un programa de canciones populares admirando además la interpretación del "Magnificat" de Bach bajo la dirección del maestro Luis Millet con el profesor Schweitzer al órgano. A partir de entonces el Palacio de la Música mantuvo una constante actividad siempre encaminada al mayor enaltecimiento de la música. Han pasado cincuenta años sin que la sala haya cobijado más que a los portadores de algún mensaje auténticamente idealista. Conciertos, conferencias de arte o de religión, representaciones folk-lóricas, han alternado con las periódicas actuaciones del Orfeo Catalán, que ha

sabido convertir su casa en el centro de primordial actividad musical ciudadana.

Durante este medio siglo pasan de cinco mil los conciertos que han tenido lugar en el Palacio de la Música. En la primera temporada se celebraron en la sala 38 audiciones. Veinte años después el número de conciertos aumentó hasta el centenar. La cifra de máxima actividad corresponde al curso 1950-1951 con 183 conciertos. Durante la última temporada la estadística arroja el promedio ciertamente insólito de diecisiete conciertos semanales. Estos números causan una cierta impresión y emoción recordar algunos de los artistas que han dejado huella en el ámbito del recinto: Strauss, Prokofiev, Rachmaninov, Schönberg, Ravel, Falla, Turina, Honegger, Britten, Malipiero, Villa-Lobos, Kreisler, Wanda Landowska, Casals, Piatigorsky, Ysaye, Tilbaud, Kubelik, Sauer, Cortot, Gieseking, Heifetz, Menuhin, Francescatti, Rubinstein, Markevitch, Arbós, Pérez-Casas, Argentina..., etc. La lista sería interminable y constituye una prueba de que en el Palacio de la Música la historia ha ido sedimentándose hasta convertirlo en una institución de incomparable solera artística.

Para la celebración del cincuentenario, el Palacio de la Música ha sido remozado. Es ahora una sala que a sus espléndidas condiciones acústicas ha añadido los mejores adelantos del confort moderno. El "Orfeo Catalá" ha solemnizado la conmemoración con tres audiciones de la "Pasión según San Mateo" dignas de figurar en la lista de los más grandes acontecimientos registrados en la sede de nuestra primera masa coral. Cerca de cuatrocientos ejecutantes, cantores, solistas y orquesta, bajo la batuta enérgica y persuasiva del maestro Luis M. Millet —hijo del inolvidable fundador del Orfeo— pusieron en vivo el entusiasmo de un auditorio que se apretujó en las butacas, en los pasillos, en todos los rincones del edificio para aplaudir a los intérpretes y probar con su asistencia que se siente entrañablemente unido a la historia y a la vital evolución de la primera sala de conciertos barcelonesa.

En el Cincuentenario del Palacio de la Música

MEMORABLE AUDICION DE «LA PASION, SEGUN SAN MATEO», DE BACH. POR EL «ORFEO CATALA». DIRIGIDO POR EL MAESTRO LUIS M. MILLET

Prestigiosos solistas vocales e instrumentales contribuyeron al grandioso éxito alcanzado por el monumental concierto sinfónico-vocal

En el glorioso historial del «Orfeo Catalá» ha quedado grabado con sello indeleble el magno acontecimiento sinfónico-vocal de ayer, conmemorativo del cincuentenario del Palacio de la Música, el monumento más importante de la etapa floral del arte de Domènech y Montaner.

Fue el 9 de este mes de febrero de 1958 cuando se cumplieron, exactamente cincuenta años desde aquella histórica jornada en que don Joaquín Cabot dijo, tras la bendición del local por el cardenal Casañas: «Amics, companys, respirem; gràcies a Déu, ja tenim casa!»

Aquel día nació la historia del «Palau», que es también la del fundador del «Orfeo Catalá», el inolvidable maestro Luis Millet, que con su fe, su talento y su entusiasmo infatigable, inculcó a sus «cantaires» el espíritu de disciplina y continuidad, que no sólo se ha limitado al canto popular, sino a los corales de los grandes maestros de todos los tiempos. Con ellos se logró, por una parte, llevar a la realización aquellos ideales del músico-poeta Anselmo Clavé, apóstol de la canción popular, de cuya muerte —dicho sea de pa-



Juan Sebastián Bach

so— se cumplen mañana ochenta y cuatro años, pues falleció el 25 de febrero de 1874. Por otra parte, fructificó el deseo del maestro Millet de identificar el canto coral, con el sentimiento profundo de lo popular, haciendo de los orfeones vehículo para el conocimiento y divulgación de las grandes obras musicales clásicas y modernas.

Decía Luis Millet en mayo del año 1934 «que le vinieron las lágrimas a los ojos oyendo a un orfeón de montaña, cantando con toda perfección un coral de Bach». «Y siempre nuestros orfeones —añadía— han seguido el desplegamiento del repertorio coral, desde el canto gregoriano hasta la complejidad de Strauss y las modernidades de Ravel, Debussy y Stravinsky. La obra de los orfeones ha tenido y tiene una amplitud magnífica...». Y, en efecto, esta amplitud se ha aplicado a la sede del «Orfeo Catalá», pues el «Palau» ha estado siempre abierto no sólo a las actividades corales de su entidad, fundadora, sino a todas las manifestaciones del divino arte: música sinfónica, de Cámara, solistas, etc. De esta compleja y floreciente actividad dan fe las estadísticas, que arrojan un balance total de 5.120 audiciones desde 1908 a 1957. No cabe duda de que la obra renovadora del «Orfeo Catalá» ha hecho de Cataluña el más fuerte pilar de la cultura musical hispánica.

VENERACION DEL «ORFEO» POR BACH

Pero a los nombres inolvidables de Cabot, Millet y Amadeo Vives, fundadores del «Palau de la Música Catalana», hay que añadir otro glorioso, el de un hombre grande y ejemplar, que llenó su vida de música y de religión, y a quien puede considerarse también fundador espiritual del «Palau»: Juan Sebastián Bach. Porque Bach inauguró con su «Magnificat» el primer concierto público celebrado en sala del «Orfeo», el 15 de febrero de 1908. Desde entonces, el cantor de Santo Tomás de Leipzig comenzó a ser venerado como «algo de casa». En las paredes del «Palau» hay las placas conmemorativas de la «Misa en si menor» y de la «Pasión según San Mateo», interpretadas por

primera vez en 1911 y 1921, respectivamente. Esta veneración por Bach culminó al conmemorar el «Orfeo», el 25 de mayo de 1935, el 250 aniversario del nacimiento del genial músico, con la citada «Misa» y la «Cantata núm. 161», dirigidas por Millet, actuando de solistas Concepción Callao, Andrea Fornells y Emilio Vendrell; Eduardo Toldrà como primer violín; Gratacós, flauta; Carles, oboe de amor, y Gibert Camins, organista.

EL «PALAU» VESTIDO CON TODAS SUS GALAS

Aquellos recuerdos imborrables se han visto renovados en esta solemne audición de ayer de «La Pasión según San Mateo», con un lleno imponente en el Palacio de la Música, vestido con todas sus galas —brillantemente iluminada la fachada— y ya con la completa instalación de todas sus reformas, de las que hablamos en su día. La simbólica «Senyera» —a su lado un hermoso ramo de flores— presidía el escenario cuando hizo su aparición el maestro Luis Millet al frente de los solistas y del «Orfeo Catalá», con sus 240 cantores, más los cien del Orfeón Infantil y 90 profesores de orquesta. Unos 450 intérpretes, en total.

UN MAJESTUOSO TEMPLO DE LA MUSICA

El inmenso poder creador de Juan Sebastián Bach alcanzó la cumbre con sus «Pasiones» que coronan su fecunda producción religiosa, la cual ha sido comparada a un majestuoso templo construido sobre las grandes líneas del contrapunto. Más de 300 cantatas, la citada «Misa» dedicada al católico rey de Polonia, «Oratorios de Navidad y Pascua», numerosos «motetes», «Sanctus», etc. Era tal la religiosidad del cantor de Leipzig que acostumbraba a escribir sobre sus partituras las letras «S. D. G.» (Soli Dei Gloria), o «J. J.», Jesús juva (Jesús, ayúdame).

De las cinco «Pasiones» que se le han atribuido —citadas en el necrológico de Forjkel— sólo tres son auténticas y de éstas, la de San Marcos —que se sabe fue cantada el Viernes Santo de 1731— se perdió, como tantas obras del inmortal compositor, incomprendido en su tiempo, aunque hay quien ha afirmado que parte de la misma se encuentra en la «Oda fúnebre», escrita para los funerales de la reina Eberhardine de Sajonia.

La «Pasión según San Juan» se ejecutó en Leipzig en la Semana Santa de 1724. Cinco años más tarde, después se interpretó la de San Mateo, por el coro exiguo de que disponía Bach, y no se volvió a tocar hasta 1740, con algunas modificaciones. En realidad, pasaron cien años hasta que esta grandiosa obra fuera comprendida, merced a Mendelssohn, que tontonces contaba sólo veinte, y que montó la «Pasión» con los coros de su Academia, dando dos audiciones el 11 y el 12

de marzo de 1829, en el propio Leipzig. Gracias a Mendelssohn, que dió a conocer después la obra en toda Alemania, el interés por Bach fué aumentando, hasta el punto de que en 1850 se fundó la primera «Bach-Gesellschaft» para editar sus obras completas. Labor ingente, pues aparte de las composiciones perdidas, fué difícil reunir el resto de las existentes, pues se hallaban dispersas. Hubo que esperar a principios del siglo actual para que el último volumen, el 46, viera la luz en 1900.

En la «Pasión según San Mateo», el texto encomendado a Picander, va siguiendo las palabras bíblicas y conforme exigía el reparto del Oficio de Leipzig está escindido en dos partes, separadas por el sermón. La primera, más sencilla, se termina en el momento en que Jesús es reducido a prisión, siendo abandonado por sus discípulos. La segunda es más dramática, pero sin



Luis Millet, fundador del «Orfeo Catalá»

efectismos, pues Bach era enemigo de lo artificioso. Por ello, consiguió unir armoniosamente la esencia dramática con la severidad litúrgica. Y de ahí la emoción que invade el alma cuando se escucha la grandiosa obra coral, de la que aquel gran incrédule que fué Nietzsche, después de asistir a tres audiciones durante la Semana Santa dijo: «Cualquiera que olvidara completamente el cristianismo podría escucharlo aquí como un verdadero Evangelio».

Alberto Schweitzer, que se hizo cargo del órgano durante la «Pasión» interpretada en 1921 en el «Palau» ha hecho una magistral definición de la misma: «La música de la «Pasión» es tan realista como la pintura de los antiguos maestros que perpetuaron sobre unos lienzos las escenas de las Sagradas Escrituras». En efecto, la obra de Bach ha sido comparada a la de Alberto Durero. Ambos quieren vivir intensamente la vida evangélica. Tanto en el uno como en el otro la razón de existencia es alabar a Dios. Y especialmente la

Pasión de Cristo. Durero la graba sobre madera y sobre cobre. Bach sobre el pentagrama. Y ambos han sido arquitectos, que han basado su arte respectivo en un orden grandioso universal, reglado y proporcionado por Dios.

LA INTERPRETACION

Se hace difícil resumir las gentilezas que contiene la «Pasión según San Mateo», en sus recitativos, arias y corales, y que tuvieron una interpretación auténticamente emocionante, merced a esa voluntad férrea que anima al maestro Luis María Millet secundado por los activos e inteligentes subdirectores Juan Tomás y J. J. Llongueres. La laboriosa preparación de solistas y coros, los infatigables ensayos, se hicieron bien patentes, pues se puede rotundamente afirmar que ayer se interpretó fielmente a Bach, sin que decayera por un sólo instante el calor espiritual que animó a todos los intérpretes, fundidos en una admirable justeza, afinación y grandiosa unidad de conjunto.

Orgullosos de ello deben estar el actual presidente, del «Orfeo», don Félix Millet Maristany y demás miembros de la Junta Directiva, que tanto se ha preocupado, por otra parte, del mejoramiento de las condiciones auditivas del «Palau», logradas merced al acierto que ha presidido los esfuerzos del arquitecto señor Bonet.

El más caluroso elogio merecen los solistas extranjeros y nacionales: Erna Spoorenberg (soprano); Sieglinde Wagner (contralto); Ernst Haeflinger y Cayetano Renom (tenores); Kim Borg y Guillermo Arróniz (bajos); J. López Esparbé (baritono); Laura Núñez (soprano); y los instrumentales: Etienne Baudó y Laila Storch (oboes de amor); Domingo Segú (oboe); Francisco Reichach (flauta); Juan Artal y Vicente Montoliu (cornos ingleses); Eduardo Bocquet y Jaime Llecha (primeros violines); José Trotta (cello) y José María Roma (grandes órganos).

Resumiendo, diremos que el maestro Millet se mostró digno continuador de aquel gran forjador de la masa coral que fué su padre. Con absoluta consciencia de su enorme responsabilidad, mantuvo a todos los intérpretes del imponente conjunto sinfónico-vocal en ejemplar equilibrio, logrando los variados matices, bien dulces, bien enérgicos, que exigía la compleja producción bachiana.

Se hace casi imposible destacar pasajes. No hacíamos más que escuchar y sumirnos en el goce espiritual inefable de los temas que se iban sucediendo, a partir de la grandiosa introducción, cuando el primer grupo coral y orquesta entonan la melodía dolorosa de la hija de Sion, mientras en contrapunto, el segundo conjunto (los creyentes) inquiere sobre el motivo de tal lamento. El tenor Cayetano Renom, con sus dulces agudos y su suave dicción, iba desarrollando los recitativos, mientras los restantes solistas entonaban de modo emotivo los ariosos y «as arias». Con qué primorosa ductilidad cantó Sieglinde Wagner el aria «Quiero ofrecerte mi corazón», acompañada por los dos oboes. Y más tarde, ¡cuánto dramatismo, pero también cuánta sencillez en el dúo de las dos solistas femeninas, la soprano Erna Spoorenberg y la citada contralto! También nos quedó profundamente grabada, de la segunda parte, la bellísima aria «Ten compa-

ñión», para contralto, violín solo (Eduardo Bocquet) y orquesta, así como el canto del soberbio bajo Kim Borg, en «Devolvedme a Jesús», acompañado en esta ocasión por otro violín solista, Jaime Llecha. Más tarde, la dolorosa aria «Oh rostro ensangrentado», por la contralto, sin olvidar las brillantes intervenciones del tenor suizo Ernst Haeflinger, y de nuestro baritono L. Esparbé («Jesús»), ni las de los demás solistas instrumentales. ¿Y los coros? Su admirable actuación, llena de fervor y sentimiento, culminó en los conmovedores «planisimos» logrados al agonizar Cristo en la Cruz, y en la vibrante entonación de conjunto al interpretar el grandioso coral que cierra esta monumental joya del divino arte.

El enfervorizado público, que como hemos dicho, llenó a rebosar el Palacio de la Música durante las dos sesiones tarde y noche, en que se desarrolló el magno concierto, tributó clamorosas y prolongadas ovaciones a Millet, solistas, orquesta y coros. Era emocionante ver cómo todos los asistentes, puestos en pie, prorruían en entusiastas «bravos» al finalizar esta monumental manifestación del supremo arte creador de JUAN SEBASTIAN BACH.

Manuel R. DE LLAUDER

Hoy hace cincuenta años EL NOTICIERO UNIVERSAL

24 de febrero de 1908

UN SOSPECHOSO

Madrid. — Anoche, a las nueve, al salir de Palacio el Rey, el Infante de Orleans y el Príncipe Felipe de Borbón, en carruaje cerrado, un individuo sospechoso que estaba cerca del coche se llevó la mano al bolsillo.

Un agente de policía le detuvo y el sujeto declaró que en el momento de pasar el coche real iba a sacar el reloj.

El suceso no tuvo ninguna importancia.

ASALTO A UN TREN

Córdoba. — En el lugar denominado Arebeque, fué asaltado el tren correo de Sevilla por dos individuos que se introdujeron en el vagón que conducía la correspondencia.

El tren se detuvo y la pareja de la Guardia Civil que iba de escolta logró detener a los saltadores, que se llaman Manuel Garrido y Antonio Martínez.

Uno de los detenidos había sido procesado anteriormente por el mismo delito.

LA MENDICIDAD

Madrid. — Se están tomando energías medidas para acabar con la mendicidad que tanto incremento ha tomado estos últimos tiempos.

Se recomienda insistentemente que el público se abstenga de dar limosna por la calle y se crean instituciones benéficas para dar alimento y cobijo a los pobres que en verdad lo necesitan, pues son muchos los desaprovechados que se aprovechan de esta situación pidiendo limosna por las calles, sin tener ninguna necesidad de ello.

FALLECIMIENTO DE UN GENERAL DEL EJERCITO CHILENO, EN MADRID

ESTABA REALIZANDO ESTUDIOS SOBRE TEMAS HISTORICOS

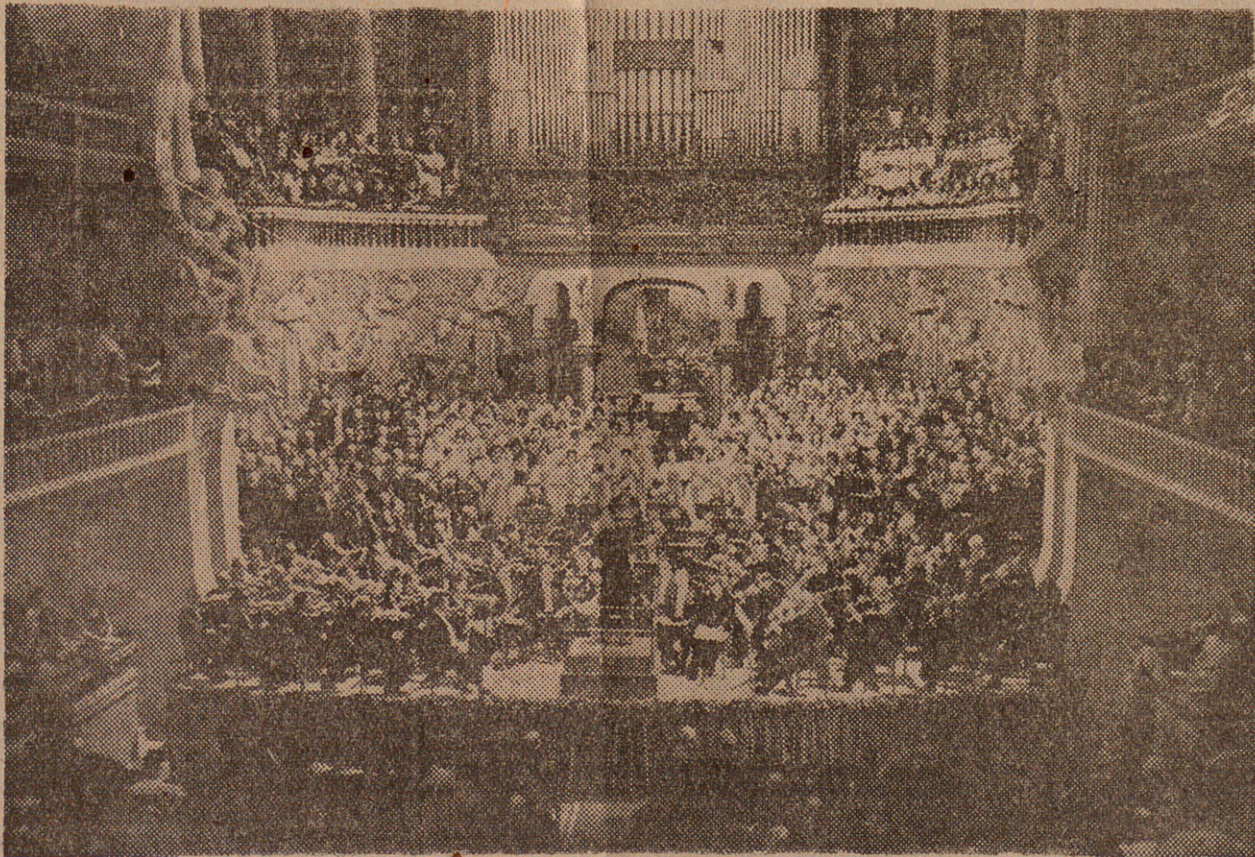
Madrid, 24. — Ha fallecido en Madrid el general de división del Ejército de Chile, don Jorge Carmona Yanez, a la edad de sesenta y un años. Había venido a España para investigar en los archivos históricos de Madrid y Sevilla temas históricos. Era muy conocido en su Patria, en la que había publicado varias obras interesantes. En Madrid escribió la obra «Petain», dedicada a la vida militar y política del héroe de Verdún, que próximamente iba a ser traducida al francés. Su cadáver ha sido embalsamado para su traslado a Chile. Acompañará los restos mortales su esposa, doña Inés Valdés. — Cifra.

TELEGRAMA DE S. S. EL PAPA AL OBISPO DE TENERIFE

OTORGANDO SU ESPECIAL BENEDICION APOSTOLICA

Santa Cruz de Tenerife, 23. — El Obispo de la Diócesis ha recibido de S. S. el Papa el siguiente telegrama:

Ciudad del Vaticano. — Augusto Pontífice ha sabido con particular aflicción desgracia abatida sobre isla Tenerife, deseando que sus consoladoras palabras lleguen a sus amados hijos animándoles a soportar con paciencia cristiana tan dura prueba mientras pide al Señor les asista con su particular protección en estos momentos dolorosos. De corazón les da su especial bendición apostólica. Del Acqua, Sustaina. — Menchea.



El «Orfeo Catalá» durante el memorable concierto de ayer. — (Fot Branguli.)

MUSICA, TEATRO

EL PALACIO DE LA MUSICA EN SU 50 ANIVERSARIO

La primera sala de conciertos barcelonesa ha cumplido el medio siglo de su actividad circunscrita a empresas de carácter musical. En el curso de estos cincuenta años, los cambios, crisis y revulsiones a través de las cuales la música ha precipitado su moderna evolución han tenido como mudos testigos las musas prerrafaelistas y los hipógrifos de piedra que adornan el recinto donde hasta hoy se han celebrado más de cinco mil conciertos y recitales.

El 15 de febrero de 1908 fué inaugurado el edificio construido por iniciativa de un grupo de entusiastas de la música y para sede definitiva del «Orfeo Català». El entonces presidente de la masa coral fundada quince años antes, hizo posible con su entusiasmo, tesón y audacia una obra cuyos buenos resultados era imposible prever porque no tenía precedentes y sigue sin tenerlos al cumplir medio siglo. En plena floración modernista el proyecto del arquitecto Luis Domènech y Montaner hizo tangible un ideal abrazado con exaltado fervor por todos los artistas catalanes y la simbología plasmada en piedra, mayólica, mosaico y vidrio tornasolado colmó las aspiraciones de los que en aquellos años orientaban a una selecta minoría ciudadana. Pablo Gargallo, el escultor incógnito en aquella ocasión, petrificó un sauce para cobijar el busto de Clavé, completando el marco que debía presidir las audiciones musicales, con otro de Beethoven flanqueado por dos columnas dóricas, estriadas chimeas coronadas por nubes henchidas sobre las cuales cabalgan briosamente las walkirias wagnerianas. Sería difícil imaginar una más desbocada fantasía y también una mayor capacidad para llevarla a feliz término sin desviarse del objetivo inicial. Domènech y Montaner logró construir una auténtica sala de conciertos especialmente útil para su destinación, de magníficas condiciones acústicas, con el aforo preciso y dotada de todas las dependencias y anejos que harían de ella un verdadero palacio de la música. Las modificaciones que últimamente se han hecho en el edificio han servido únicamente para proporcionar al público una serie de comodidades que medio siglo atrás nadie pedía pero que ahora todos exigimos.

Esta apoteosis floral materializada en el Palacio de la Música, creada con tanta fe, ha pasado por etapas de descrédito, actualmente superadas. Fruto extraordinariamente representativo del modernismo barcelonés, participa ahora de la general revalorización de una época que paradójicamente sentimos cada día más afín a nuestra sensibilidad a medida que el tiempo nos la distancia. Medio siglo gravita tanto en la historia del Palacio de la Música que el fuerte carácter de su ornamentación parece lenificarse a los ojos de los que allí van a escuchar más que a ver.

Durante los primeros diez años de actividad, en el «Palau de la Música Catalana», además de las triunfales audiciones del «Orfeo» ya tuvieron lugar un crecido número de conciertos y recitales que hicieron de la sala el vértice de la vida musical barcelonesa. El Orfeo divulgó las obras de Palestrina, Tomás Luis de Vitoria, Pedrell, los grandes oratorios de J. S. Bach y los corales de las óperas wagnerianas; las orquestas y solistas que empezaron a desfilar por su hemiciclo dieron cuenta con sus interpretaciones de una inquieta evolución musical reflejada con bastante exactitud en los programas de aquellas fechas. Al correr del tiempo, el Palacio de la Música acogió sin reservas a cuantos podían despertar algún interés en el dominio del arte.

Resultaría difícil aludir, aunque fuera tan sólo los compositores que han actuado en la sala. Ravel, Albéniz y Granados dieron a conocer en ella su música. Quien esto escribe recuerda ahora la presencia de Schoenberg dirigiendo a la orquesta Casals sus piezas más discutidas; Rachmaninov y Prokofiev intérpretes de sus obras pianísticas; Honegger, Milhaud y Britten con sus partituras sinfónicas y de cámara; Manuel de Falla y Joaquín Turina repetidamente agasajados, y más recientemente Joaquín Rodrigo, quien estrenó aquí su «Concierto de Aranjuez», Ernesto Halffter, Oscar Esplá, Messiaen, Dallapiccola, Casella... La lista sería interminable incrementada con los nombres de casi todos los instrumentistas de categoría internacional que han sido aplaudidos en repetidas ocasiones.

Ante la estadística de los conciertos habidos en el Palacio de la Música en el transcurso de este medio siglo, las cifras revelan una vitalidad que sorprenderá incluso a los que están al corriente del variable clima musical de Barcelona. ¿Quién acertaría a suponer que en la temporada pasada tuvieron lugar un promedio de 18 recitales al mes? Así es en realidad; en el curso 1956-1957 se celebraron 164 audiciones, lo que supone, descontando los tres meses de «relaxe» veraniego, un nivel de actividad que probablemente no superan la mayor parte de las salas de conciertos europeas.

Estos no son, además, los números tope que corresponden a las temporadas 1955-1956 (184 conciertos), 1950-1951 (183 conciertos) y 1948-1949 (177 conciertos).

A partir de 1939, el número de audiciones ha sido siempre superior al centenar y salvando ligeros retrocesos aquéllas han seguido una progresión ascendente altamente significativa. Eso quiere decir que el gusto por la buena música va extendiéndose a esferas mayoritarias y que cada día son más numerosos los concertistas que arriesgan a someterse al veredicto del público. Este reconfortante movimiento cultural se habría restringido mucho de no haber contado con un adecuado recinto donde manifestarse. Es innegable que el Palacio de la Música galvaniza la vida musical barcelonesa y que durante medio siglo ha contribuido intensamente a acrisolarla y a darle la más noble significación social.

Javier MONTSALVATGE

9 febrer 1958

A propósito de «La Atlántida», de Falla

Un periódico madrileño, refiriéndose a recientes comentarios de Prensa sobre el caso de la «Atlántida», de Manuel de Falla, cuyo estreno se teme no llegue a realizarse en nuestra patria, señala que el verdadero problema de la música española es la ausencia de una buena política musical. Por esta ausencia no tenemos —dice— ni salas, ni Real, ni una línea de enseñanzas atemperadas a nuestra época. Refiriéndose, además, a la insinuación de «A. B. C.» de que podría estrenarse dicha obra en nuestro Liceo, dice que el problema musical no está resuelto —¡ni mucho menos!— en Barcelona. Afirmar tal cosa es —una vez más— no tomar en serio los asuntos de la capital catalana. Barcelona cuenta con el Liceo —continúa— tan escaso de protección oficial que cuesta comprender su funcionamiento. Ahora bien, la función cultural que desempeña tan bello teatro de ópera no es óptima, ni su lugar en el panorama de los grandes escenarios líricos, envidiable. La visita de la Callas o de la Tebaldi, es un espectáculo altamente grato, pero no pasa de tener un significado de adorno en la vida musical de una ciudad o de un país.

Sin ánimo de entrar en polémica, nos

parece excesivo y poco ajustado a la realidad el comentario del distinguido colega. Ciertamente es que tanto el Liceo como el Palacio de la Música no tienen subvención oficial; su éxito y su brillantez débense a la iniciativa privada. Esta iniciativa privada mantiene todos los años la temporada liceística —único caso en España, fijarse bien—, y desde hace cincuenta años el Palacio de la Música, con numerosísimos conciertos a lo largo del año, en los que han intervenido los más destacados solistas internacionales. Si esto es adorno y no es vida musical... contentémonos, por lo menos, con el adorno... Menos es nada...

Ramon Gomez de la Serna en Buenos Aires

1908-1958 UN EDIFICIO ENTRE DOS FECHAS

POR ARTURO LLOPIS

SE CUMPLE UNA EFEMÉRIDES

YA en sus comienzos el «Orfeo Catalán» constituyó un fenómeno notable de crecimiento. Desde el día 5 de abril de 1892 que dió su primer concierto hasta el 1908 en que la entidad inauguró su edificio social, el «Palau de la Música Catalana», el «Orfeo» ha tenido una vida ascendente, sin fallas, superando contingencias diversas y adversas con una extraordinaria y reconfortante vitalidad.

El edificio del «Palau» se inauguró hoy hace exactamente medio siglo —15 de febrero de 1908—. Para conmemorar tan fausta y transcendental efemérides, se han efectuado en el edificio diversas obras de reforma y consolidación y se darán unas audiciones de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según el Evangelio de San Juan, la obra cumbre de Juan Sebastián Bach e indudablemente la más importante de la música de todos los tiempos, obra que el «Orfeo» cantó por vez primera en 1921 bajo la batuta del maestro Luis Millet. Ahora se repetirá la audición de este gran milagro musical, dirigida esta vez por el maestro Luis Maria Millet.

ANTES DEL «PALAU»

El «Catalán» antes de tener edificio propio, de nueva planta, siempre vivió realquilado, un poco a precario, en el corazón de la ciudad vieja, desahucada por la puñalada a veces creemos absurda e innecesaria de la Reforma, de la Vía Layetana que acabó con las antiguas callejas medievales.

Al elegirse un lugar para construir la casa solariega, el hogar «de los cantaires de Catalunya», se halló uno apropiado, no muy lejos precisamente de aquellos sitios que habían visto el nacer y el crecer del «Orfeo». Para los barceloneses de finales del pasado siglo o comienzos del actual, la ciudad concluía en la Plaza de Cataluña; lo demás, el Paseo de Gracia, la Rambla de Cataluña, la Diagonal era una aventura. El espíritu de la urbe estaba aún en su meollo urbano, a la izquierda o a la derecha de las ramblas, en la «Ribera» o en el «Raval».

El primer lugar donde se cobijó el «Orfeo» en 1891, fue en la calle de Lledó, en un caserón ocupado por otras entidades. Esta calle, una de las mejores de la vieja Barcelona y cuya rehabilitación no debe hacerse esperar, está llena de Palacios —en el barrio nació el italianizado poeta Boscán—. La mezcla de los bellos estilos arquitectónicos, su silencio, su carácter señorial y recio,



En un descanso de los ensayos de la «Pasión», el maestro Luis Maria Millet habla a los orfeonistas más antiguos. Todos ellos cantaban cuando se inauguró el edificio, ahora hace medio siglo

presta a este sitio un encanto especialísimo e inapreciable.

Después, y por espacio de mucho tiempo, el «Orfeo Catalán» residió a unos pocos metros de la calle Lledó, en la plaza de San Justo, en el palacio Moixó, palacio antiguo

que cobró aire y figura en el siglo XVIII.

Anteriormente a su permanencia en el Palacio, el «Catalán» buscó piso en la calle de Canvis Nous, tristemente célebre unos pocos años después por la bomba que arrojaron los anarquistas el 1896 al paso de la procesión de Corpus de Santa María del Mar.

En 1894 el «Orfeo», seguimos con sus locales sociales, se estableció en la casa número 1 de la calle d'En Dufort. Era aquel un caserón raro, novelesco, y enorme destruido por la reforma interior del viejo casco antiguo concebida por el arquitecto Angel José Baixeras.

EL CASERON DE LOS DUFORT

En las paredes exteriores de aquel vasto caserón, resonante de ecos, húmedo y poblado de espectros, existía unas bellas muestras de esgrafiados. Sin duda la casa perteneció a la familia Dufort, gente de prosapia y de largo y honorable historial en la crónica de la ciudad.

A finales del siglo XVIII, o en los comienzos del XIX, se instaló en una de las dependencias del enorme caserón la masonería. Cuando se derribó el edificio, aparecieron ocultos unos antiguos signos masonicos y se descubrió una espada de cierto valor.

En la época del «Orfeo Catalán» —¡qué de gente llegó a pasar por aquella casa!— una de las salas estaba decorada cual si fuera un palacio egipcio, con figuras semejantes a las que guardan las tumbas de los faraones, un delicioso pastiche en fin, de carácter erudito, pero que en realidad sólo era parangonable a cualquiera de los más triviales decorados de «Aida», cosa, no obstante, que debía causar una profunda impresión a las almas ingenuas, simples y puras.

Juan Llongueras en su delicioso libro de evocaciones y recuerdos, nos habla de aquel local del «Orfeo» de la calle Dufort. Llongueras era por aquellos días un simpático arrapiezo, escolano en San Pedro de las Puellas, herido ya por la pasión musical. Cierta vez fue al «Orfeo» de la mano del sacerdote de la parroquia, Mn. Soler, el cual durante un descanso en el ensayo de los cantores le hizo recorrer el local.

«Me parece que no era muy grande —escribe Llongueras—. Recuerdo solamente una pequeña sala decorada al estilo egipcio, con una figuras y unas columnas. ¡Qué extraño y misterioso me parecía todo aquello!»

Antes de aposentarse en el edificio de su propiedad, el «Orfeo Catalán» aún residió en otro caserón, todavía existente en la calle de las Magdalenas, que antes o después de la estancia en el del «Orfeo» albergó una capilla evangelista. Aquel fue el último domicilio social en el cual la entidad vivió realquilada. De la calle de las Magdalenas pasó a la de Alta de San Pedro; en realidad sólo tuvo que salvar unos cien y pico de metros.

VIVES Y NICOLAU, RECORDADOS

El primer concierto que dió en público el «Orfeo», creado por el glorioso maestro Luis Millet con la colaboración entusiástica de Amadeo Vives, no lo dirigió Millet. Fue el maestro Antonio Nicolau y en la casa Bernareggi y al parecer no en la calle de Poniente como dicen todos cuantos hablan del «Orfeo», sino en la de las Cortes Catalanas en cuya avenida la casa de pianos «Estela» y

Bernareggi tenía una pequeña sala de audiciones.

El concierto tuvo lugar como hemos dicho el 5 de abril de 1892. El 17 de octubre del año anterior habían sido aprobados los Estatutos del orfeón.



El artifice de la primera «Pasión», el fundador del «Orfeo Catalán», el maestro de tantas cosas bellas: Luis Millet en sus años juveniles, según el lápiz sagaz e incisivo de Ramon Casas

Estos días los recuerdos y las efemérides se agolpan en la crónica de nuestra gran entidad coral. Hace unos meses, pocos, se ha cumplido el XXV aniversario de la muerte de Amadeo Vives que antes de abandonar el «Orfeo» para trasladarse a trabajar y a residir en Madrid, ofreció a la entidad la partitura de una obra que acababa de escribir para que hicieran de ella lo que más les apeteciera, incluso no cantarla. Era «L'emigrant».

Hace veinticinco años que murió el maes-

Santiago de Chile, el grupo se fue organizando y do los días, el grupo se fue organizando y disolviéndose. El interés, sospecho, fue de- Andes, ¿me en- creciendo. Cuando tomamos el barco en Bil- baio, para regresar aquí, nadie nos despidió. Nos marchamos en una soledad total, com- pleta. Todo es nada, amigo Pío. Vivo en de la facultad de ellas había sido ulito que la con- inmensas. Todo- día había largo rato Ramón Gómez en la Universidad de la Serna en el café del Richmond. Se celebraba una fiesta familiar en los meses y me dijo que de al lado. El ruido era excesivo. C. Alfo Ramon — una despedida y elogiado excesivo

“Destino” 15 Feb

tro Nicolau —26 de febrero de 1933— y también este año se cumple el centenario de su nacimiento —8 de junio de 1858—, unas efemérides que el «Orfeo» no pasará por alto sin duda. Nicolau siempre se mostró fiel, adicto, admirador de la obra del genial Millet y que él había alentado desde sus comienzos. Nicolau no sólo dirigió su primer concierto público, hizo más. A lo largo de su fecunda vida, las más hermosas y sorprendentes partituras que escribió fueron para la gran masa coral de Millet: «El Noi de la Mare», «La mort de l'escola», «Divendres Sant», «La Mare de Déu», «Cantata», «Entre flors», el gran ciclo montserratino de sus canciones en que las voces de los escolares, dels patges de la Verge exaltan con textos de Verdguer el áureo esplendor de la Virgen Morena.

Es curioso. Vives y Nicolau están enterrados en el llamado «Cementiri Nou». Sus sepulcros se llaman el uno al otro.

LOS HOMBRES DEL «ORFEO»: JOAQUIN CABOT Y ROVIRA

El «Orfeo» ha tenido poco trasiego de hombres en sus Juntas directivas. Los cuatro primeros presidentes fueron: Fernando Trullas, Juan Millet —hermano del maestro, espíritu emprendedor y sensible que ayudó de manera total a la consolidación de la obra y acaso en los momentos más difíciles de la misma—, Joaquín Cabot y Rovira y el patriarca Francisco Matheu.

Cabot ostentó muchos años la presidencia del «Orfeo» y fue reelegido incluso. El fue el Presidente que hizo posible que el orfeón tuviera casa propia. Millet en algunos de sus discursos le ha llamado «hombre providencial».

Ciertamente Cabot hizo algo que parecía una locura: dotar al «Orfeo» de un local propio, vasto, hermoso, deslumbrador sobre todo en los días en que fue erigido, un local que a los cincuenta años jamás ha cambiado de destino, siempre ha sido una sala de conciertos y el hogar de una gran familia de cantores, local digno de una entidad que desde su fundación hasta 1908, había alcanzado una profunda madurez y una altísima categoría internacional reconocida por los más grandes e ilustres compositores y maestros de aquella época que incluso establecieron un contacto personal con su maestro. Millet fue abrazado en aquellos primeros quince años de vida orfeónica por Ricardo Strauss, Vicent D'Indy, Charles Bordes, Saint-Saëns, Gabriel Faure, Eduard Rislér, Eduard Colonne, Gustave Bret, Albert Schweitzer...

Joaquín Cabot y Rovira, que murió el 6 de enero de 1951 a los noventa años, era una persona de una vitalidad insólita: merced a ella pudo desarrollar un sinfín de actividades que hubieran acabado con otro hombre cualquiera. Al asumir la presidencia del «Orfeo» tenía 42 años y gozaba de enorme prestigio. Con Verdguer y Callís y unos pocos más fundó «La Veu de Catalunya» —semanario—, ostentó la presidencia del Centro Excursionista de Cataluña, de la Cámara del Comercio —no olvidemos que Cabot era joyero con establecimiento abierto en la calle de la Plateria—, figuró en las directivas de la Economía de Amigos del País, en la Agrupación Mutua del Comercio y de la Industria, en el Fomento del Trabajo Nacional. Cabot, que también fue diputado, estuvo unido, y por espacio de muchos, muchísimos años, a la obra de los Juegos Florales, a su Consejo Directivo, ya que cultivaba con exquisita y rara elegancia la prosa y la poesía.

Don Joaquín profesó una tierna amistad a Jacinto Verdguer, Mosen Cinto le dedicó «La filador d'ora», aquella triste y armoniosa poesía —una anécdota en la biografía de Cabot— que la mitad de los barceloneses nos sabemos de memoria:

«Nhi ha un argenter
a l'argenteria;
de tant filar or
li diuen Orfila».

EN UN SOLAR DE LA CALLE DE SAN PEDRO

La valía artística del «Orfeo», la abnegación y desinterés de su maestro y el innegable prestigio personal de su presidente, hicieron posible obtener el dinero para construir un local social amplio y de gran categoría. Se lanzó un empréstito de 600.000 pesetas en obligaciones amortizables, en dos series de quinientas y cien pesetas, al 4 por 100 por cuarenta y dos años. El coste de las obras superó los primeros cálculos —estos datos de orden económico los extraiga del libro «Luis Millet, cantaire de Catalunya», de Maximiano García Venero— y alcanzó la cifra de 900.000 pesetas. En esta cantidad no se incluía el gran órgano.

En el mes de octubre de 1904 se firmaba ante el decano del Colegio de Notarios de Barcelona, señor Permanyer, la escritura de compra de un terreno en la calle Alta de San Pedro, inmediato a la iglesia de San Francisco de Paula con fachadas a dicha calle y al Pasaje de Cameros.

Joaquín Cabot y el equipo de sus entusiastas colaboradores de Junta, acababa de realizar una acción titánica. El solar donde había que erigirse el «Palau» costó 250.000 pesetas, suma hoy muy débil, pero robusta y de estupendas proporciones hace cincuenta años.

EL ARQUITECTO DEL TEMPLO DE LA MÚSICA: LUIS DOME- NECH Y MONTANER

La iglesia de San Francisco de Paula había formado parte integrante de la masa arquitectónica del convento de Religiosos Mínimos —San Francisco de Paula es el Patrón de la Orden de Frailes Mínimos—. El



Otro interesante documento gráfico: en él se recoge el acto de la colocación de la primera piedra de lo que hubo de ser el «Palau de la Música Catalana». (Día de San Jorge, del año 1905)

convento, que databa de principios del siglo XVII, acaso hubo otras construcciones anteriores, fue destruido en 1835 por las mismas turbas que destruyeron e incendiaron otros conventos de la ciudad. El solar del convento y parte de su claustro fue vendido por el Estado a particulares, y la iglesia convertida en parroquia del barrio.

Cuando cerca de setenta años más tarde, Joaquín Cabot se hizo con aquel solar y empezaron las obras, aún se hallaron restos

«modernismo». Su lirismo arrebatado, su afán de crear «belleza» —acaso en esto radique el espíritu y la razón de ser del «modernismo» que, por otra parte, no nos complace demasiado— hace que conciba, sin cortapisas, dejando volar su fantasía, su inspiración poética y colorística, una de las obras más representativas de un estilo tan abundante en Barcelona, al extremo que podemos denominarnos —no sé si con orgullo— la capital del modernismo.

*Mais je restai avec vous en pensée. Dites bien
à tous ceux qui me connaissent que je reste fon-
damentalement attaché à l'Orfeo Catala et que le sou-
venir de Louis Millet et de ses collaborateurs
au temps d'alors est vivant dans mon. Si*

Un autógrafo de Albert Schweitzer. Se trata de un carta dirigida al presidente del «Orfeo Catala» y cuyo texto reproducimos en nuestra información

del claustro rehacentista de los frailes mínimos, e incluso en una de las dependencias del local —la Sala de Juntas y Museo— asoma en la pared una imposta del claustro, resto que el arquitecto tuvo gran interés en conservar, situando así el exacto emplazamiento que aquella dependencia monástica tuvo.

El edificio del «Palau de la Música Catalana» se encargó a Luis Domènech y Montaner, que por aquel entonces contaba algo más de cincuenta años y era portador de un sólido bagaje de obras realizadas, muy características del momento artístico en el cual se desenvolvía la Barcelona de comienzos de siglo.

Don Luis —apenas existen cuatro o cinco retratos de él— era como Joaquín Cabot y tantos otros, dado, al margen de las actividades profesionales, a la política, a las letras y... al wagnerianismo.

Se trataba de un hombre muy íntegro, y por lo tanto, con cierto geniecillo. Militó bastante en política, hasta que se dió cuenta que la política, al menos como se entiende en el país, era una cosa feísima, indigna de que se perdiera el tiempo en ella. Al igual que Cabot fue diputado a Cortes y ostentó una serie de cargos y presidencias, entre ellas la del Ateneo Barcelonés, y si no ando mal informado, la del Consistorio de los Juegos Florales.

Vinculado por razones de parentesco con la casa Montaner y Simón, dirigió la colección «Artes y Letras», de aquella editorial, serie que tampoco falta, estoy seguro, en la mayoría de las librerías de los barceloneses, muchos de los cuales a través de aquella colección, establecieron contacto con los grandes clásicos del mundo.

Domènech aglutina y expone en el «Palau» todo un credo estético más, incluso, que arquitectónico, pese a que arquitectónicamente el edificio del «Orfeo» es una de las obras más logradas del singularísimo adalid del

El estilo, fluido, etéreo, feliz y luminoso del «Palau», ha sido reivindicado con un empuje extraordinario por A. Cirici Pellicer en su «Arte modernista catalán» e historiador con atención y genial perspicacia y objetividad por nuestro admirado amigo J. F. Ráfols.

El arquitecto Domènech trabajó con ardor y entusiasmo en la obra. Esto nos lo ha confirmado su hijo, el ilustre arquitecto don Pedro Domènech Roura, uno de los animadores de la Exposición Internacional de Montjuich —1929— como su padre, don Luis, animó la Universal de 1888.

—El encargo le complació mucho —nos dice—. Mi padre sentía la obra del «Orfeo Catala» y amaba entrañablemente la música. Tuvo por arquitecto ayudante a su yerno Francisco Guardia. Yo por mi parte, que tengo muchos años, no me aparté de su lado, colaborando con él. La labor no siempre fue grata y amable. Luchábamos con la falta de dinero; esto nos preocupaba muchísimo. Mi padre, acabadas las obras, cobró sus honorarios, la mitad en efectivo y la otra en obligaciones del grupo constructor.

Domènech Roura busca unos papeles para facilitar mi labor: escritos y recuerdos de su padre, originales, pero le viene a la mente que los dejó a un arquitecto joven que pergeña un artículo sobre don Luis. No hay duda: los jóvenes empiezan a interesarse por Domènech y Montaner.

LA INAUGURACION DEL «PALAU»

La inauguración del «Palau», ahora hace exactamente medio siglo, constituyó una fiesta ejemplar: la glorificación, la consolidación, mejor, de una obra a la cual se había entregado en cuerpo y espíritu una legión de hombres de impagable buena fe, sobresaliendo de entre todos ellos, el maestro Luis Mi-

llet, que entronizó Bach y los grandes compositores clásicos entre nosotros.

Al acto acudieron todas las autoridades de Barcelona. A pesar de ello, no constituyó una ceremonia fría ni protocolaria. Todos los asistentes vibraban al unísono del mismo entusiasmo. Cabot empezó su discurso con un grito salido de su corazón, que dejaba entrever todas las angustias pasadas hasta no llegar aquel instante feliz:

«Amics, companys, respirem: gracies a Déu ja tenim casa!»

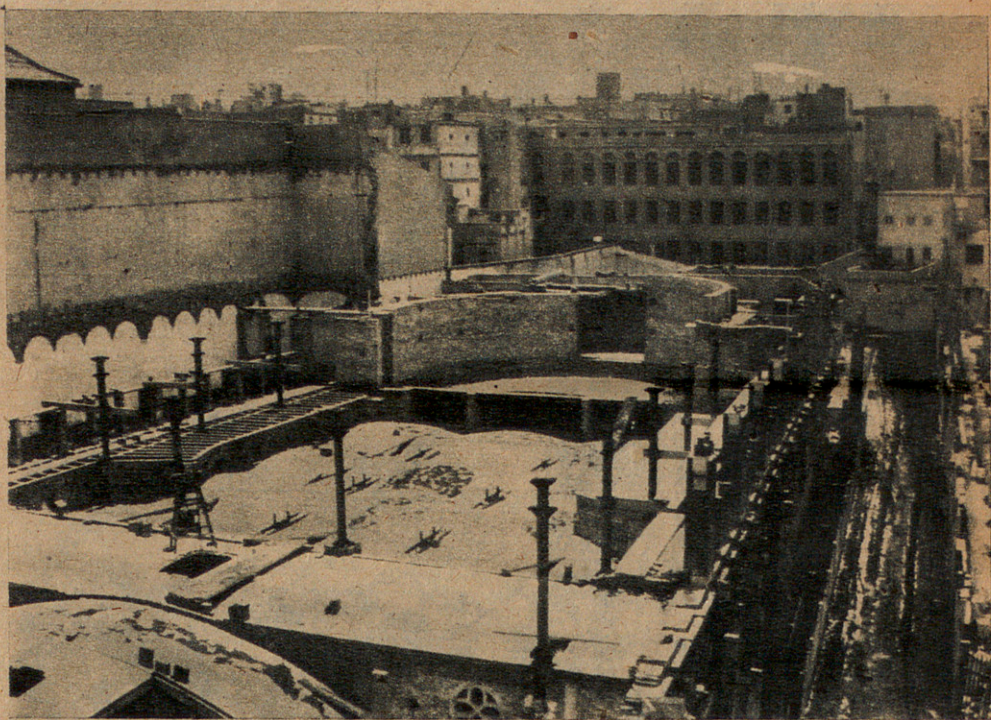
Millet evocó la música y al héroe de la empresa —Cabot—, que sin desfallecer realizó un sueño largamente acariciado. Los barceloneses quedaron deslumbrados ante las Walkirias de Gargallo, ante las obras de Arnau, Madolell y otros escultores. Más tarde, la admiración de la ciudad, los aplausos, serían para el grupo escultórico de Miguel Blay, que como un enorme mascarón de proa, decora el ángulo de la fachada del «Palau», regalo del marqués de Castellví, ya que los títulos nobiliarios jamás estuvieron desunidos a la obra del «Orfeo» y el mecenazgo de la aristocracia de la sangre se dejó sentir en aquellos días como en otras empresas posteriores del «Orfeo»: viajes a Londres, a París, a Roma...

En el mes de octubre de aquel mismo año, Alfonso XIII y su augusta esposa visitaban el «Palau». La reina Victoria Eugenia vestía de blanco, y el rey lucía el uniforme de los husares de la guardia. Sobre su pecho pendía el collar del Toisón de Oro. El «Orfeo» cantó composiciones catalanas: «El cant de la Senyera», cuya letra había compuesto expresamente Maragall para la entidad coral, y diversas obras clásicas, entre ellas el «Magnificat», de J. S. Bach, interpretada la parte de órgano por un hombre y un músico extraordinario, Albert Schweitzer.

De aquella memorable audición inaugural de 1908 sobrevivieron bastantes personas, varios orfeonistas que aún siguen en las filas de la gran masa coral sin sentir, se diría, el peso de los años, asistiendo a los ensayos obedientes a la batuta del maestro Luis María Millet, como antes habían acatado la imponderable sabiduría musical del padre, de Luis Millet. Todavía, pues, en los ensayos vemos a los cantores de ahora hace medio siglo: Mariano Vidal, José López Esparber, José María Vila, Armengol Bigas, Manuel Cabero, Miguel Valls, Mateo Piguillem, los hermanos Joaquín y Enrique Homs, al maestro Juan Tomás. Todavía cantan las muchachas del coro femenino de antaño, elevadas algunas a la categoría de profesoras: Antonia Sanristot-fal de Folch, Pilar Roca, Emilia Fábregas de Torra, Carmen Juvé, Aurora Grau, Nadie deserta de su lugar, sólo la muerte parece arrancar a los orfeonistas de sus escaños de la sala de ensayos. Gente nueva, no obstante, juvenil, se incorpora a esos veladores de gloriosos recuerdos, testimonios de horas inolvidables vividas y hechas vivir.

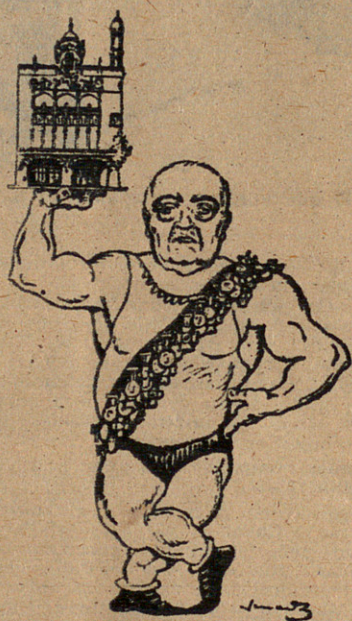
UN GRAN AMIGO DEL «ORFEO»

Luis Millet amaba a un hombre sin conocerlo. Era alsaciano y vivía en Estrasburgo, en cuya Universidad profesaba una cátedra de Filosofía, pero más que nada le interesaba la música —Bach— y el dolor de los hombres. Aquel erudito se llamaba Albert Schweitzer, hoy indudablemente, uno de los seres más importantes del mundo, más deslumbradores. En el año de inaugurarse el «Palau», vino a Barcelona para conocer a



La nieve cubrió y paralizó las obras del «Palau», en un día de invierno de 1906

Millet, a quien también amaba a través de un íntimo y cordial epistolario de artista a artista, de corazón a corazón. Interpretó — como ya hemos dicho — la parte de órgano de unos conciertos de música clásica. Des-



Una curiosa caricatura de Juan G. Junceda que fué a su vez un gran opasionado de la música y un concurrente, muy asiduo a los conciertos del «Palau». El hombre, el atleta de la caricatura, es don Joaquín Cabot y Roviras, que forzado y poderoso alzó el edificio del «Orfeo Català», obra debida principalmente a su entusiasmo

pués ya no faltó apenas a las citas con el «Palau». No había festival baecquiano en el cual Schweitzer no colaborara. Sentía el espíritu de Millet, arrastrado por su alma mística, él, que no era católico. Algo más que la música les unía: la fe en los demás, el amor a Dios, a todas las cosas buenas.

El día 26 de marzo del año 1913. Schweit-

zer, el mejor intérprete de Bach de todos los tiempos, una de las inteligencias más privilegiadas de nuestra época — Premio Nóbel — embarcó con su esposa para la selva africana. Se instaló en uno de los lugares más inhóspitos del mundo, en Lambarené, a orillas del río Ogoué, en el centro de la región ecuatorial del África occidental francesa. Todo cuanto valía y podía iba a ponerlo al servicio de los negros apestados — los leprosos — los atacados por la enfermedad del sueño.

Dejó tras de sí su hogar, el posible bienestar, los conciertos, las salas rutilantes, los aplausos. Sólo con él marchó su armonium. Con el instrumento instalado en una piragua, remontó el curso de los ríos oscuros. De vez en cuando volvía, — sigue volviendo — a Europa. Participaba con cierta regularidad a las audiciones del «Orfeo».

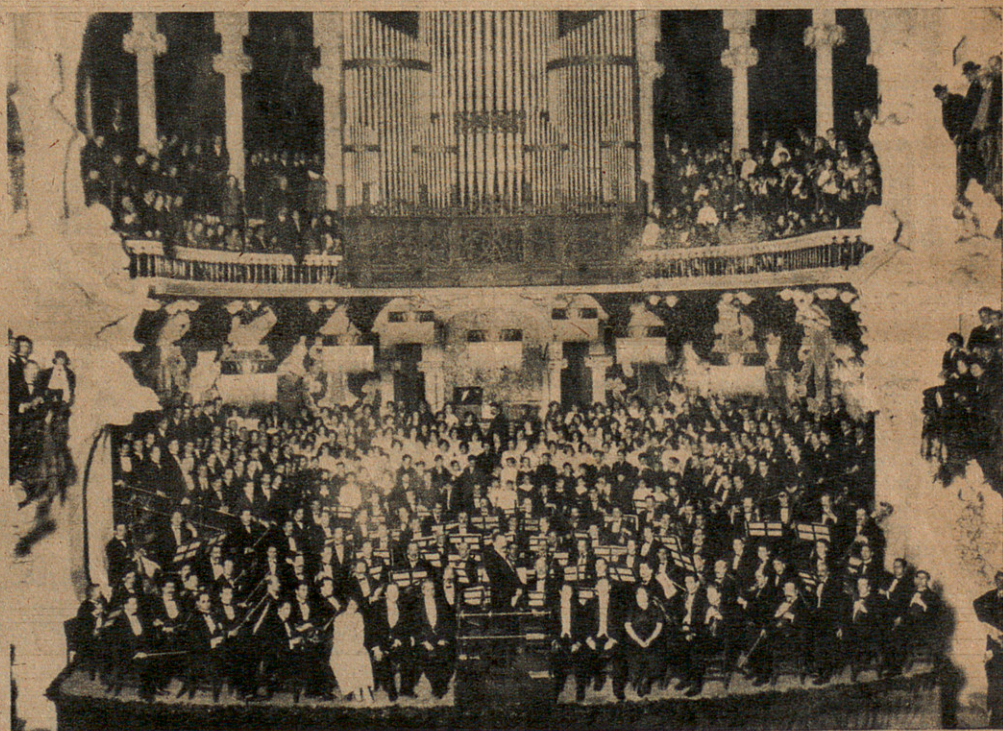
Schweitzer fué el organista de la «Pasión» del año 1921. Ahora, al repetirse el gran acontecimiento musical, el presidente del «Orfeo Català», don Félix Millet, ha escrito a Schweitzer, vuelto de nuevo a Lambarené.

El magnífico intérprete de Bach, el médico blanco de los negros, ha escrito contestando a don Félix Millet y Maristany, mejor dicho, contestando a Barcelona:

«¡Cuánto me hubiera gustado — dice — venir y cuidar del órgano en la audición conmemorativa de la «Pasión» de Bach! Desgraciadamente, debo renunciar a aceptar vuestra amable invitación, pero estaré con vosotros en espíritu. Decid a todos los que me conocen, que continúo unido profundamente al «Orfeo Català», y que el recuerdo de Luis Millet y de sus colaboradores de aquel tiempo está vivo en mí...»

LA GRAN MÚSICA PARA UNA CONMEMORACION

Para conmemorar medio siglo de la existencia de un edificio cargado ya de verdes y perfumados laureles, se ha elegido la Gran Música: la *Pasión según San Mateo*, de Juan Sebastián Bach. Creemos que ninguna otra cosa podía hacerse mejor. Millet, el fundador, entronizó en Barcelona ese nombre augusto y reverenciado. Que Bach llene con su voz el edificio feliz y remozado del «Palau» y todos nosotros, como el doctor Albert Schweitzer, recordemos a Luis Millet y a los suyos, aquella pléyade de hombres de buena voluntad que hizo posible el gran milagro del «Palau de la Música Catalana».



Una fotografía que hace época en la historia de nuestros conciertos. La primera «Pasión», según San Mateo, de J. S. Bach, de 1925, dirigida por el maestro Luis Millet y en la cual intervino Albert Schweitzer, que vemos en el órgano

Barcelona - EL CORREO CATALAN - Domingo, 16 de febrero de 1958

EL PALAU CUMPLE CINCUENTA AÑOS

MEDIO SIGLO DE HISTORIA ENCERRADA EN EL FAMOSO EDIFICIO

El «Palau de la Música Catalana», construcción modernista debida al arquitecto Domènech Montaner, se alza en la calle Baja de San Pedro, cerca de la Vía Layetana. Su situación conjuga admirablemente con la historia del «Orfeó Català», su propietario, porque en ambos se funde el espíritu tradicional, castizamente barcelonés, del barrio de San Pedro, con el modernismo progresivo de la

Reforma, base del auge y de la expansión de la ciudad. El edificio tiene una fachada en la calle del Maestro Vives, mientras que, junto a él y hacia la vecina parroquia de San Francisco de Paula, se extiende la plaza del Maestro Millet. Pocas veces el nomenclador ciudadano está tan ajustado como en este caso.

Corría 1891, cuando Millet y Vives, dos jóvenes entusiastas

de la música, querían fundar un orfeón. El 6 de septiembre de dicho año, presidieron una reunión de treinta personas que acordaron la creación de un orfeón bien instruido en el arte musical. Así nació el «Orfeó», constructor y propietario del «Palau». Trulls, socio número 1, fué el primer presidente. Millet y Vives fueron nombrados directores.

17 AÑOS SIN CASA PROPIA

Durante mucho tiempo vivió el «Orfeó» realquilado y cambiando de domicilio frecuentemente. 17 años le costó a la incipiente agrupación coral tener casa propia. Estaba en la presidencia Cabot, un hombre entregado de lleno a la vida del «Orfeó». El, ayudado del entusiasmo de todos, hizo el milagro.

A ambos lados del escenario del «Palau», sendas coronas de laurel labradas en la pared, rodean unas fechas. A la izquierda del espectador: 10-IV-1905. A la derecha, 9-II-1908. Corresponden al inicio de su construcción y a su inauguración.

El 9 de febrero de 1908 —el domingo hizo 50 años— el cardenal Casañas bendijo el edificio y, seguidamente, el «Orfeó» dió su primer concierto en él. En el programa: «El cant de la Senyera, Els Xiquets de Valls, Rapsòdia sobre temes populars catalans, La Mare de Déu, Pensament, Al·leluia y Els Segadors». El administrador muestras estos días, celoso, una foto de quince supervivientes de aquel histórico concierto.

Terrenos y edificación costaron, en total, 900.000 pesetas, 600.000 de las cuales se cubrieron mediante un empréstito que está totalmente amortizado.

La sala de conciertos tiene tres plantas, la primera —plata— a un piso de altura sobre la calle. En la última hay una general con 700 butacas, sobre un total de 2.200.

«PALAU» SINONIMO DE «ORFEÓ»

Desde aquel 9 de febrero, cuenta Barcelona con la mejor sala de conciertos de España, obra de una institución que se había ganado ya a un pueblo. A partir de entonces, «Orfeó» y «Palau» se fusionaron hasta confundirse, y hoy son usados ambos nombres, indistintamente, como si fueran sinónimos.

Ambos han rendido culto a lo mismo. El «Orfeó» ha hecho del «Palau» sede de sus tres grandes amores: la religión, la música y la tierra.



Desde el famoso concierto del «Ateneo», el «Orfeó» se había ganado la ciudad entera. Por ello la inauguración del «Palau» fué un acontecimiento ciudadano de primer orden. Una publicación humorística de la época publicó el chiste alusivo que reproducimos, en el que, con la gracia ingenua de principios de siglo, se juega al equívoco. A los 50 años, conserva todo su valor, y aún nos permite sonreír ligeramente.

LA NOVA CASA DEL «ORFEÓ»

—Nov, m hà moltes escales.
—Veuràs, com que's tracta del edifici d'una institució musical...

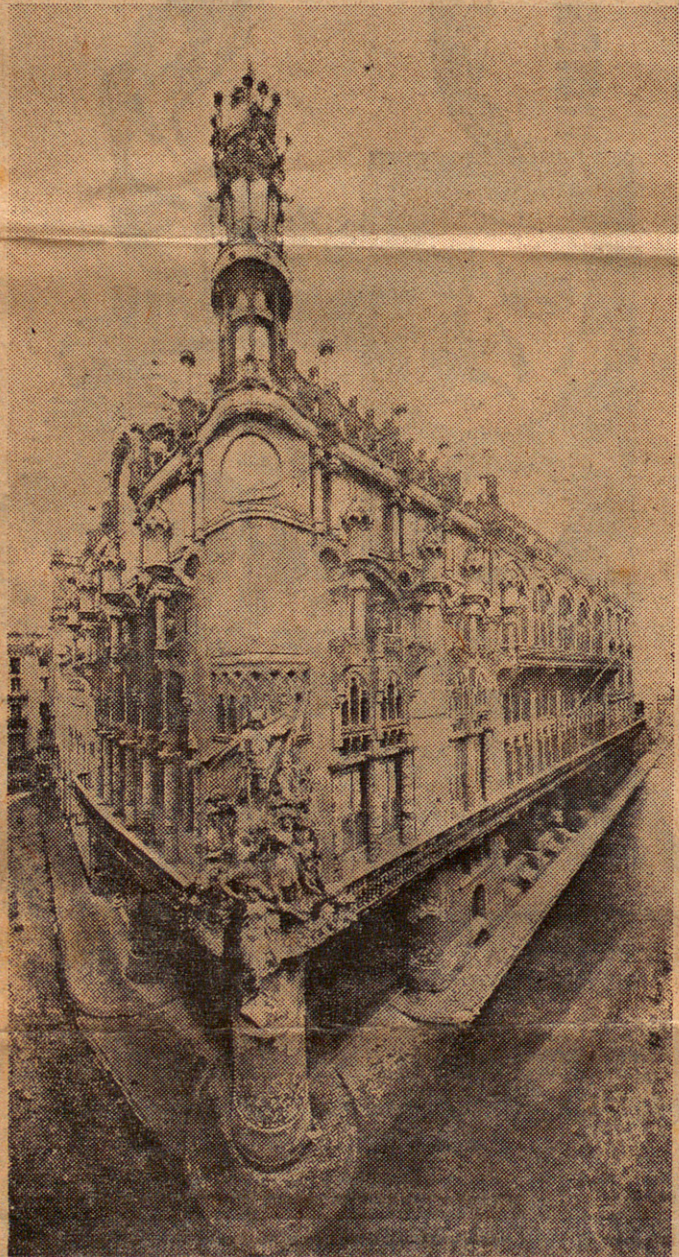
DIGNIFICADORES DEL CANTO LITURGICO

Hemos visto a un prelado —cardenal Casañas— bendiciendo el «Palau». Otro —Torras y Bagés— fué gran alentador de la obra del «Orfeó». La catolicidad de éste ha sido siempre manifiesta. Estos días, en las dependencias de la planta baja, aún puede leerse el rótulo «Pessebre», correspondiente al que se instaló en las pasadas fiestas navideñas. Como notas de esta catolicidad citaremos la repetida ac-

tización del «Orfeó» en los templos y su lucha por la dignificación del canto litúrgico, de tanta importancia a principios de siglo. En este aspecto, Millet, padre, el primer director, fué un auténtico precursor de la «Motu proprio» de Pío X, que vino a poner orden en la cuestión. Al margen de esto, señalemos la continua presencia en los programas de obras religiosas, litúrgicas o no.

En la vida del «Orfeó», marcó un hito el Año Santo 1925.

(Continúa en 2.ª página)



Esta es la «casa pairal» del «Orfeó», que tan buenos servicios ha rendido a la vida musical barcelonesa. Hace falta salir de nuestra ciudad, para comprender lo que representa una sala de su importancia entregada sólo a la música, sin tener que depender de la competencia cinematográfica. ¡Oh tristes conciertos de tarde laborable de la Nacional!

El Palau cumple cincuenta años

(Viene de página 14)
en el que visitó Roma y cantó
delante de Su Santidad. Fue
el viaje que inspiró a Llongue-
res aquellos versos sencillos y
evocadores:

Rosinvol de Catalunya,
rosinvol que voles tant;
rosinvol que véns de Roma,
missatger del Pare Sant.

Pío X dirigió la palabra a
los orfeonistas, después de
haberles escuchado cantar:

—Pocas veces en nuestra vi-
da habíamos sentido el gozo
de hoy. Conocemos toda vues-
tra devoción, toda vuestra fe...

TODO HABLA DE MUSICA

Si se entra en el «Palau»
por la puerta principal, a la
izquierda, se ve una gran am-
pliación fotográfica. Es el «Or-
feo», en 1921, al interpretar la
«Passió» que prepara para es-
tas fiestas jubilaires. Subiendo
por la escalera, se halla una
placa que recuerda la audición,
en 1911, de la «Missa en si me-
nor» de Bach.

Si se penetra por la puerta
de la calle del Maestro Vives,
se halla una taquilla y, frente
a ella, un escaparate con li-
bros. Los títulos no pueden ser
más musicales: «Santa Cecilia»,
«Vida de Beethoven», «Tractat
d'instrumentació per a còb-
la», «Pel nostre ideal...». La última
obra es la reconciliación de los
escritos del maestro Millet, pa-
dre. La penúltima es del maes-
tro Serra, poco ha fallecido.

¡Aquí, hasta las paredes ha-
blan de música!

ADALIDES DE LA CANCIÓN POPULAR

El tercer amor del «Orfeo» es
el de la tierra. Ha servido fiel-
mente a Cataluña, a la canción
catalana, que ha arrancado de to-
dos los puntos de su geografía y
ha elevado a un nivel de catego-
ría auténtica.

El «Palau», que ha sido marco
de las grandes manifestaciones
musicales del «Orfeo», como la que
prepara para conmemorar su cin-
cuentenario, ha ubicado también
el culto constante de la canción
popular, tradicional en él. Cuan-
do poco después de la fundación
muchos «cantaires» desertaron
porque no querían cantar cancio-
nes populares. Millet siguió ensa-
yando con los fieles que habían
acudido.

BUENA ADMINISTRACIÓN

Las cuentas del «Orfeo», lleva-
das primero por el maestro Pu-
jol y, actualmente, por el señor
Marill, son claras y gracias al
«Palau», tranquilas. La base eco-
nómica la suministran la sala de
conciertos alquilada a un tanto
alzado; las cuotas de los socios
que ascienden a 3.000, y los ingre-
sos que proporcionan los concier-
tos del mismo «Orfeo».

AUTENTICO ESPIRITU «AMATEUR»

A pesar de unas cifras más o
menos halagüeñas, la obra del
«Orfeo» y del mismo «Palau» es
una obra de espíritu netamente
«amateur». Los cantores oscilan
de 225 a 250 y, sobre pagar una
cuota como los demás socios, se
pasan el año ensayando, pues dan
como mínimo unos ocho concier-
tos.

Igual espíritu «amateur» presi-
de la administración. Se descono-
ce la «claque». Las localidades ja-
máis van a la reventa. Ni siquiera
se cobran derechos de contadu-
ría, el famoso sistema que hace
que, en el Liceo, una localidad
de 275 pesetas cueste siempre más
de 300.

LA «PASSIO» DEL CINCUEN- TENARIO

La «Passió segons Sant Mateu»,
de Bach, como sabemos, se cantó
ya en 1921. El éxito obligó a repe-
tirla en 1922 y 1923. Los días 23
y 27 de febrero, y el 2 de marzo
de este año, será interpretada con
motivo de las fiestas jubilaires.

Colaborará en el «Orfeo» una
orquesta, formada en su base por
los profesores de la antigua or-
questa del Liceo. Un grupo de
cien voces infantiles participará
también en el concierto; estos ni-
ños o son ya «cantaires», o for-
man parte de la sección infantil,
o son discípulos del maestro To-
más, subdirector.

El cartel que anuncia la «Pas-
sio» recoge el grupo escultórico
de la fachada del «Palau», en la
esquina Baja de San Pedro-Maes-
tro Vives.

Notables solistas extranjeros,
vocales e instrumentales, actuarán
junto a los reconocidos Renom.

López Esparbé, Arróniz y Laura
Núñez. Vendrell, solista del «Or-
feo» de otrora, actuará como un
«cantaire» más.

—Un gran ejemplo — me dice
el maestro Millet, director del
«Orfeo», hijo del fundador y pri-
mer director.

UNA FAMILIA FIEL

Los Millet son también un gran
ejemplo de fidelidad al «Orfeo». Un
hermano del primer director
fue ya presidente de la entidad.
Actualmente, director y presiden-
te son hijos respectivamente de
aquellos antecesores en el mismo
cargos.

Millet, padre, primer director,
se casó con una orfeonista. Su
hijo, director actual, también. Y
dos hijos de éste — hijo e hija —
cantan en el «Orfeo».

Esta tarde el maestro ensaya
con la orquesta la «Passió». Pule
los detalles con franqueza, con
un catalán imperativo y supli-
cante a la vez.

—Acentúen más esto... Así así...
Va, repetimos... Y afinen, afinen,
sobre todo, afinen...

Los músicos atienden. Repiten.
El maestro canta la parte de coro
intercalada en la actuación de la
orquesta. Los músicos escuchan.
«Entran» en el momento oportu-
no... y, si no, ¡repiten!

Cuando acaba el ensayo, mu-
chos se acercan a despedirse per-
sonalmente. Le tienden la mano.
El los despide, mientras pide un
refresco. Me acerco. Se despide el
último. El maestro descansa en su
plataforma de director.

—¿Está cansado?
—Por ahora aguanto... Veremos
al final.

Me sabe mal cansarlo más, pero
no puedo abandonar el «Palau»
sin estrechar su mano, y no quie-
ro acabar el reportaje sin que lo
rubriquen sus palabras.

—¿Contó usted la «Passió» el
año 21?

—No, porque «massava la muda».
Asistió, sin embargo, y puede
verse en la foto de la entrada,
en el anfiteatro.

—¿Será mejor ésta?

—No lo sé. Si sé que ambas es-
tán en el mismo espíritu, y que
ésta no sería posible si antes no
hubiera sido aquella.

El maestro rezuma amor por su
«Orfeo».

Le dejo. A la salida del natio de
butacas, hay una sala dedicada a
su padre. La preside una escultu-
ra con una inscripción que marca
los límites de su vida: 1867-1941.
He dejado al hijo y me encuentro
al padre...

Decididamente, «Orfeo» y «Pa-
lau» son cosas muy «milletianas».
Y la dinastía sigue...

J. FAULI

RITMO

AÑO XXVIII

Núm. 294

ABRIL-MAYO

1958

Precio: 13 ptas.



Serge
LIFAR

el célebre bailarín y coreógrafo, durante la Gran Gala de los Artistas, en el Circo de Invierno de París, presenta a sus Petits Rats de la Opera.

Páginas 4 i 5

Aspecto impresionante el que ofrecía el gran escenario del Palacio de la Música en el magno concierto con que fué celebrado.

←

2

o

El 50^o del

Palacio de la Música

Desde estas columnas, RITMO envía su más cordial felicitación al Orfeo Català por la efeméride que ha celebrado, y somete a la consideración de cuantos rigen los destinos musicales de Madrid y de todas las restantes capitales españolas, ese hecho realizado un día y que dotó a Barcelona de una sala de conciertos.

Emocionado el maestro Luis Millet, después de haber hecho poner en pie a la Orquesta, comparte con todos los ejecutantes las ovaciones que le tributa el auditorio, que llenaba todo hueco posible de la sala.

Fotos Morera Falcó.

Q

La primera piedra del *Palau de la Música Catalana*, destinado a ser edificio social del Orfeo Català, fué colocada el 23 de abril de 1905. La inauguración solemne tuvo lugar el 15 de febrero de 1908. El proyecto fué concebido y dirigido por el arquitecto D. Luis Domenech y Montaner, que había sido discípulo del glorioso Gaudí, y el promotor, el animador, el alma de esta obra maravillosa, que tanta trascendencia ha tenido en la vida musical barcelonesa y española, fué el entonces Presidente del Orfeo Català, D. Joaquín Cabot, secundado por la fe y el entusiasmo del maestro Millet y de todos los socios y orfeonistas.

Al cumplirse, este año, el medio siglo de existencia del *Palau* se proyectaron, y se han realizado con gran rapidez, importantísimas obras de reforma y embellecimiento, que han mejorado notablemente su ambiente decorativo, simplificándolo y modernizándolo, sin traicionar su singular estilo; han mejorado sus condiciones acústicas, ya espléndidas, y han mejorado todos sus detalles de comodidad para los artistas y el público, merced a una nueva y acertada distribución de servicios, sin olvidar la nueva instalación de sus archivos y la impresionante y artística iluminación de sus fachadas, así como otros muchos detalles, que es imposible enumerar en esta breve crónica. Estas obras han sido proyectadas y dirigidas por el prestigioso arquitecto D. J. Bonet Arrenegol.

Sería locura intentar hacer aquí un resumen de lo que ha sido la actividad desarrollada en el Palacio de la Música durante estos cincuenta años. Tampoco es necesario; en España y en todo el mundo es conocida esa actividad, que le ha valido un renombre universal. Baste decir que por su estrado han desfilado, sin excepción, los concertistas, las orquestas, las masas corales y los directores más prestigiosos, y que entre sus muros han resonado las creaciones de todos los genios de la Música.

Para conmemorar solemnemente esta efeméride, se preparó la audición de la *Pasión según San Mateo*, de Juan Sebastián Bach, uno de los mayores monumentos musicales de todos los tiempos. Esta obra había sido estrenada en el Palacio de la Música, el 27 de febrero de 1921, con carácter de estreno en España, bajo la dirección del glorioso maestro Luis Millet, fundador del Orfeo Català, y no había sido vuelta a ejecutar, debido a sus enormes dificultades de interpretación y acoplamiento.

La obra que ha realizado ahora el maestro Luis María Millet, al conjuntar la masa

paración de esta obra que puede calificarse de titánica.

Sólo elogios merecen asimismo los solistas alemanes que se han encargado de las arias: Erna Spoorenberg, soprano; Sieglinde Wagner, contralto; Ernst Haefliger, tenor, y Kim Borg, bajo, artistas de universal prestigio, especializados en la interpretación de música de Bach, cuyas facultades vocales, arte y técnica son verdaderamente excepcionales. Y no menores plácemes merecen nuestros compatriotas Cayetano Renom, tenor; J. López Esparbé, barítono; Guillermo Arróniz, bajo, y Laura Núñez, soprano, bien conocidos y siempre admirados entre nosotros, que se han encargado de los papeles de «Evangélista», «Jesús», «Judas», «Pedro», «Caifás», «Pilatos» y «Sirviente».

La orquesta, integrada por una selección de nuestros más destacados profesores, ha sonado disciplinada y homogénea, y en ella se han engarzado los eminentes solistas Etienne Baudo y Laila Storch, oboes de amor; Domingo Segú, oboe; Francisco Reixach, flauta; Juan Artal y Vicente Montolíu, corno inglés; Eduardo Bocquet y Jaime Llecha, violines, y José Trotta, violoncello. El gran órgano, cuyo trabajo es casi continuo, ha estado a cargo del maestro José María Roma, del que es obvio elogiar sus excelentes méritos.

Se han celebrado tres audiciones íntegras de la *Pasión según San Mateo*, los días domingo 23 de febrero, jueves 27 de febrero y

domingo 2 de marzo, dividiéndolas, a causa de la extraordinaria duración de la obra —tres horas y media—, en dos partes, que se han dado, la primera, por la tarde, y la segunda, por la noche. Muchas semanas antes de las indicadas fechas ya se había agotado en Contaduría todo el papel; se han registrado, pues, tres llenos totales y absolutos y, como es lógico, la sala, que lucía su nueva iluminación, presentaba un aspecto suntuoso y deslumbrante. El auditorio, puesto en pie, ha tributado al maestro Millet y a todos sus colaboradores las ovaciones más imponentes y prolongadas que se recuerdan en la historia del Palacio de la Música.

Digna de perpetuarse en una lápida ha sido esta solemnidad, cuya categoría rebasa lo local e incluso lo nacional, para incorporarse a la de los acontecimientos musicales de resonancia mundial. No podía ser de otro modo, pues los organizadores se daban cuenta de que se trataba de conmemorar una efeméride trascendente: el primer cincuentenario de nuestro *Palau*, cuya ya gloriosa historia ha tenido una influencia decisiva en el florecimiento de la cultura musical de nuestro país y de su prestigio allende las fronteras.

Cerremos, pues, esta reseña tributando un recuerdo de emocionada gratitud y admiración sin límites a D. Joaquín Cabot Rovira, a cuyo idealismo se debe que fuese construido este Palacio de la Música, del que nos sentimos orgullosos todos los españoles; al arquitecto D. Luis Domenech Montaner, que lo proyectó, y a los maestros Luis Millet y Amadeo Vives, fundadores del Orfeo Català, sin el cual no hubiese existido nunca este edificio providencial.

Y agradezcamos también a la actual Junta Directiva del Orfeo Català, que preside D. Félix Millet Maristany, la iniciativa, el entusiasmo y el acierto con que han planeado y realizado estas reformas y estos festivales, dignos del esfuerzo de sus antecesores.

ARTURO MENÉNDEZ ALEYXANDRE